

De la *reconfiguración* del *homo oeconomicus*

Autora: Mtra. Ma. Magdalena Trujano Ruiz

Departamento de Sociología

Noviembre del 2009

Reporte de Investigación Serie No.

PRESENTACIÓN

En este Reporte de Investigación se muestra la primera versión de uno de los Capítulos de la Tesis Doctoral en Filosofía, para la UNAM, que presenta la Mtra. Magdalena Trujano. Este reporte tiene como objetivo su difusión y discusión entre los colegas.

El Proyecto de Investigación de la Mtra. Trujano es personal y se encuentra adscrito con el No. 948, al padrón de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, de nuestra Unidad Azcapotzalco. Este registro fue concedido en la sesión 256 del 13 de Noviembre del 2007, por el Consejo Divisional correspondiente. El título específico del proyecto es: *Indicadores de la configuración epistemológica de una nueva época*. Éste se encuentra adscrito al Programa de Investigación “Modernidad, Pensamiento Sociológico y Epistemología”, que pertenece al Área de Investigación de Pensamiento Sociológico, de la cual forma parte Trujano.

En este trabajo se abordará el problema de las comprensiones filosóficas y sociológicas que conciben al individuo a partir de su actuación económica. En el primer apartado, referido a la *construcción del individuo por el trabajo*, se parte del precedente filosófico de Rousseau en el siglo XVIII, que lo aborda desde los fenotipos individuales, para generalizarlos hacia las modalidades de ocupación y las relaciones sociales; asimismo, se establece el inicio de la reflexión sociológica decimonónica con Durkheim y Marx, con el objeto de apuntar la vinculación argumental entre el trabajo y las relaciones sociales, bien sean de complementación, integración y progreso, o bien, de alienación, explotación y lucha de clases sociales: es decir, solidarias o revolucionarias.

En el siguiente apartado, se aborda la reflexión propia de la Teoría Crítica, desde Marcuse, que considera al *trabajo como la actividad de integración social*

masificadora, alienante y reductora de la riqueza individual, hasta la *unidimensionalidad*.

En el tercer apartado se encuentra el problema específico de investigación, a saber, el abordaje a partir de algunos sociólogos finiseculares, Giddens, Beck y Lipovetsky, respecto de la comprensión del individuo. En ellas se elimina la incidencia del trabajo como eje analítico de su actuación social, para otorgarle un papel secundario; sólo Lipovetsky alcanza a reconocer, desde una postura crítica de aliento marxista, su protagonismo bajo la acepción: empresa-trabajo-individuo. Independientemente de la relevancia analítica que concedan al trabajo, estos tres sociólogos lo comprenden como una actividad que se ha transformado en sus aspectos característicos durante 200 años, tales como: la delimitación de la jornada, la contratación, las prestaciones, las condiciones del retiro laboral. Aspectos que reconocen como impactantes, a su vez, de las dinámicas laborales neoseculares.

En este tenor, el último apartado, propone, a manera de conclusión, la lectura de la comprensión del trabajo como un fenómeno de hechura colectiva, transitoria y cultural, que siendo efecto de las transformaciones del capital, a su vez, promueve la reconstrucción del individuo, sus diversas comprensiones del mundo y sus interpretaciones culturales y disciplinares.

Los apartados que constituyen este avance de investigación son los siguientes:

1. El trabajo *hace* al individuo
2. El trabajo *masifica* al individuo
3. El trabajo *reconstruye* al individuo
4. El trabajo *diluye (sic)* al individuo

Bibliografía

Dr. Mario Guillermo González Rubí
Jefe del Departamento de Sociología

En momentos como el presente, de profundo cambio social, pensamos que se reedita el viejo problema de la epistemología: la realidad cambia en función de nuestras tareas racionales y teóricas de incidencia y reconstrucción, o bien, ocurre lo contrario. En otras palabras, en cada periodo de cambio histórico radical resurge la antiquísima dicotomía del idealismo vs materialismo, también reconocida bajo otras muchas denominaciones, que culminan hoy en la confrontación globalización vs mundialización, y, pluralismo vs multiculturalismo. En estas categorías se condensa la redefinición milenaria del ámbito económico y epistemológico simultáneamente. Nos interesa plantear aquí el problema de las transformaciones contemporáneas.

Esta misma problemática es abordada desde la perspectiva epistemológica para remitir a la reapertura del debate sobre las condiciones de definición de la “verdad” que si bien se inscribe en determinados contextos disciplinares que responden a reglas de construcción lógica y de formación protocolaria de sus proposiciones y por ende, de sus criterios de validación argumental y de asignación de verdades, encuentra mayor oportunidad de sustento financiero y de difusión mediática disciplinar y pública (David, 1980; 183), en la medida en que el propio contenido de la verdad pueda vincularse o sustentar las posturas del poder disciplinar y del propiamente económico (Foucault, 1985b; 238-242).

1. El trabajo *hace* al individuo

Interesa destacar la comprensión del individuo de Rousseau, desde su consideración del trabajo, con el objeto de establecer que la argumentación sociológica decimonónica, parte de aquí, pero se reformula con mayor precisión en la reflexión científica inaugural sobre lo social.

Rousseau sostiene que durante el desarrollo de la sociedad se figuran dos etapas distintivas entre sí por la acción del hombre y los vínculos colectivos que se establecen, a saber, el *hombre salvaje* que se relaciona mediante la *ley del más fuerte* (Rousseau, 1975; 112), y, el *hombre racional* que acuerda ceder parte de su libertad que lo torna *civilizado* y le permite elaborar el *Contrato Social* (Rousseau, 1975; 115, 143).

En su horizonte de apelación a un criterio de análisis que rebasando las explicaciones de prestigiosos filósofos precedentes, se oriente por la racionalidad presente en todo hombre, es que Rousseau lo tipifica (aún y cuando hoy parezca una observación imprecisa, no científica), como "...siendo las cualidades personales el origen de todas las demás," (Rousseau, 1975, 146); por ende, alude al *hombre salvaje* por su fuerza física, bien sea que la posea, o que no; así como al *hombre político moral* vinculado por acuerdos de convivencia. Menciona que:

"Concibo en la especie humana dos clases de desigualdades: la una que considero natural o física, porque es establecida por la naturaleza y que consiste en la diferencia de edades, de salud, de fuerzas corporales y de las cualidades del espíritu o del alma, y la otra que puede llamarse desigualdad moral o política, porque depende de una especie de convención y porque está establecida o al menos autorizada, por el consentimiento de los hombres. Ésta consiste en los diferentes privilegios de que gozan unos en perjuicio de los otros, como el de ser más ricos, más respetados, más poderosos o de hacerse obedecer." (Rousseau, 1975; 109)

Esta diferenciación permite la comprensión rousseauiana del conjunto de dichos hombres, como una diferenciación aplicable y explicativa de dos etapas históricas:

la *salvaje*, prehistórica o rezagada, y, la *civilizada*, constructora de la historia y de su avance (Rousseau, 1975; ¿?). Además de la mencionada diferenciación física siempre existente y de la multiplicación de diferenciaciones sociales producto del avance histórico, enumera elementos que esbozan con contundencia la *desigualdad social*, que le parece que, más tarde o más temprano, debiera redefinirse mediante las *revoluciones* correspondientes (Rousseau, 1975; 147).

Estos fragmentos pueden leerse como una aproximación a la comprensión del trabajo que se apunta como: *trabajo físico* correspondiente al salvaje o el iletrado, y, *trabajo racional* de diversificación de las actividades y los acuerdos que permiten hasta el cuestionamiento y la transformación del orden social (Rousseau, 1975; 144, 148, 149). Esta división del trabajo establecerá un presupuesto cultural de la valoración que se encuentra presente hasta nuestros días, el cual se generaliza, a su vez, a las naciones y a sus actividades económicas, políticas, culturales, científicas. Así, el tipo de trabajo resulta vinculado al tipo de sociedad: rezagada o avanzada, dependiente o independiente, en vías de desarrollo o desarrollada. Elementos que establecen, asimismo, una comprensión de las sociedades como sin predominancia de las actividades racionales que se orientan por la fuerza, el enfrentamiento y la pérdida de libertades sociales previamente concedidas, y, sociedades racionales, con condiciones de discusión, de acordar y de legislar para conceder mayores márgenes de libertad.

Si bien Rousseau reflexionaba esto en el umbral de los precursores de la Revolución Francesa, los decimonónicos hundidos en la depresión cultural de los problemas del hambre posrevolucionaria persistente, gestaron la cientificidad social con el objeto de conseguir una mejor aproximación a su solución: desde la comprensión de la *solidaridad* o de la *revolución*. Durkheim y Marx tienen la palabra.

La Sociología se inaugura como ciencia con los trabajos de Comte a mediados del XIX, en ellos se define la Ciencia Positivista de lo Social por una generalización de

la reflexión lógica propia de la Física y las Matemáticas, fundamentalmente (Comte, 2002; 12-13). En atención a tales presupuestos, es que elabora una explicación *evolucionista histórica* regida por las *leyes de la dinámica y la estática* (Trujano, M, 1981; ¿?), que culminan con la emergencia de la noción de *progreso* como meta, ideal, o futuro del quehacer social (Comte, 1977; 66-67). Aquí el *trabajo* es concebido como fundamental para la construcción social que obedece a los políticos, y a sus sabios consejeros filósofos positivistas, al trazar el *Plan de trabajos científicos necesarios para reorganizar la sociedad*, "...construirse el edificio más apropiado a sus necesidades y a sus goces con todos los materiales que tienen reunidos." (Comte, 1977; 85). Por ello, el trabajo adquiere una dimensión individual y social de responsabilidad y definición del futuro.

Ésta es la propuesta central que Spencer habrá de recuperar (en *Estática Social*, 1859), colocándola en el contexto de una reconstrucción histórica de la secuencia *evolutiva* o *involutiva*, además de *organicista*, en su famosa *tipología social*, a la cual concibe orientada por la *cooperación* generada por la *división del trabajo* y el interés en *la defensa y el gobierno*; así, clasifica a las sociedades en *militares e industriales* poseedoras de diversas instituciones (domésticas, ceremoniales, políticas, eclesiásticas, profesionales, industriales), que al transformarse, construyen el proceso histórico (Ritzer, 1997; 125-163). En este sentido, se entiende su alusión explícita al *trabajo* como generador de la *cooperación*, del interés común en la vivencia colectiva

Desde estos presupuestos y rebasando la mención generalizada al trabajo, en 1893 Durkheim presenta su tesis doctoral *De la División del Trabajo Social* (Durkheim, 1999), con el objeto de mostrarlo como una cuestión social específica relevante por la construcción y remodelación de las relaciones sociales de *solidaridad*, antes que por el sólo efecto *civilizatorio* (Durkheim, 1999; 58).

Durkheim apunta que Comte había señalado la relevancia de la división del trabajo, más allá de lo económico, al afirmar que:

“...la condición más esencial para la vida social... [que] conduce inmediatamente a contemplar, no sólo a los individuos y a las clases, sino también, en muchos respectos, a los diferentes pueblos, como participando a la vez, ... en una obra inmensa y común cuyo inevitable desenvolvimiento gradual liga, ... a los cooperadores actuales a la liga de sus predecesores... e igualmente a la serie de sus sucesores. La distribución continua de los diversos trabajos humanos es la que constituye, principalmente, pues, la solidaridad social y la que es causa elemental de la extensión y de la complicación creciente del organismo social” (Comte en Durkheim, 1999; 71-72).

Se sabe que el contexto de la afirmación comteana es el desenvolvimiento del Espíritu Positivo que cada individuo construye socialmente (Comte, 1977; 74). No obstante, Durkheim recupera esta apreciación para colocarla en su propia comprensión de la cientificidad sociológica y formular su hipótesis central:

“...la división del trabajo... aseguraría su cohesión [social]; determinaría los rasgos esenciales de su constitución... [y] debe tener un carácter moral, pues las necesidades de orden, de armonía de solidaridad social pasan generalmente por ser morales.” (Durkheim, 1999; 72).

Por ende, el *trabajo* construye la socialidad al generar *cohesión*, no sólo *cooperación* (como sostuviera Spencer), sino integración de los individuos a sus colectivos, tanto en términos morales como armónicos: consideraciones que le permiten rebasar la finalidad comteana de actuación del Espíritu Positivo en la historia, para enfocarse en los datos referidos a la integración *solidaria* de los individuos, con el fin de construir y modificar la propia sociedad. Esta comprensión durkheimiana supone su salida de la disertación filosófica y la consolidación de su discurso como científico sociológico; asimismo, funda dicha cientificidad en la observación de los *hechos sociales* (Durkheim, 1998; 32-34).

En este horizonte de discusión, Durkheim ofrece una clara idea de la relación entre el individuo y la sociedad como “dos conciencias”: la de la “personalidad individual” y la del “tipo colectivo... [de] la sociedad, sin la cual no existiría.” (Durkheim, 1999; 115), consideración que le permite superar la comprensión de la sociedad como suma de las actuaciones individuales, e inclusive la necesidad de

un ente superior (Espíritu Positivo) que armonice las trayectorias personales en un conglomerado; para proponer a la *solidaridad* como el eje explicativo:

“Esta solidaridad no consiste sólo en una unión general e indeterminada del individuo al grupo, sino que hace también que sea armónico el detalle de los movimientos.” (Durkheim, 1999; 116)

Así, los decimonónicos han rebasado la comprensión del siglo precedente que colocaba a los individuos en situación de debatir para construir la sociedad desde la pluralidad y las contradicciones de sus acuerdos; para comprender, en cambio, la integración social como producto de la homogeneidad en actuación, reflexión y crítica que llevan a valorar la acción colectiva hasta el límite de la construcción de la categoría universal de *lo social*, e inclusive, de su determinación sobre lo individual, con posterioridad. Asimismo, cabe su sustitución de la categoría de *humanidad*.

En esta misma línea argumental, se explica la atención de Durkheim a las modificaciones del derecho jurídico (penal, restitutivo o comercial), como indicadores de la respuesta social ante las infracciones emergentes, y en consecuencia, como fortalecedoras de la cohesión social y de la propia *solidaridad* (Durkheim, 1999; 141). El resultado es un movimiento evolutivo de la *solidaridad* que sigue a la tipología jurídica, a saber: la *solidaridad mecánica*, la *orgánica* procedente del trabajo social, y, la *contractual* o industrial (Durkheim, 1999; 141, 141-142, 214-215, 241).

En concordancia, la diversificación del trabajo atiende a la complejización social y construye, *sine qua non*, el *progreso* y la *civilización* (Durkheim, 1999; 364, 360). En este sentido, la propia densidad demográfica o *volumen social*, genera sus exigencias de multiplicación de las actividades laborales, así como el número de individuos que se dediquen a cada una; también los conflictos y su sanción jurídica (que los evidencia). Por ende, aunque el eje analítico medular lo constituye la *solidaridad*, ésta se define y transforma en función de la actuación laboral:

fragmentos analíticos que consolidan la comprensión cotidiana de que el trabajo construye y transforma progresivamente a la sociedad.

Un último matiz analítico muestra que para Durkheim, la *solidaridad* es producto de la acción *normal* (Durkheim, 1998; 70); pero que concibe otros tipos de actuación marginal. Alude a la *patológica* que no se integra a la dinámica social, que infracciona su legalidad, y eventualmente, cuestiona críticamente a su entorno con el objeto de propiciar cambios sociales: por ello, aunque destruye el orden social y parece ajena a él, eventualmente, plantea oportunidades de resolución a sus conflictos y escenarios de progreso (Durkheim, 1998; 70). Finalmente, se refiere a la actuación *anómica* que expresa el autoexilio social, la marginación y la indolencia ante un orden social que demanda esfuerzos y comportamientos que el individuo no acepta por diversas razones (Durkheim, 1999; 387). Así, aunque en dichos casos atípicos el trabajo no alcance un carácter medular en la integración social, su crítica, su inconformidad o su mera ausencia, definen el tipo de *solidaridad* y muestran otro tipo de vinculación: una negativa o de omisión, que se encuentra presente, pero que no alcanza un impacto significativo en sentido demográfico. De tal manera, que, admitiendo su presencia, Durkheim les relega del protagonismo: circunstancia argumental que le permite incluir las acciones y comprensiones indeseadas como parte constitutiva de la sociedad.

En la consideración de la trayectoria histórica de la sociedad, destaca su recuperación de una terminología biologicista, que muestra la prioridad valorativa de la acción social que reproduce y permite la gestión normativa de su presente histórico. Ahora bien, la necesidad de transformación deja de ser un evento excepcional (como lo fue la Revolución Francesa), para pasar a concebirse como un componente más de lo social que acumula críticas y, eventualmente, lo impacta.

En el caso de la propuesta de Carlos Marx, resulta conocida su comprensión de que el trabajo define la situación del individuo en la sociedad, pues lo coloca en

una clase social con conciencia y acciones correspondientes. Interesa recordar que en su tipología de los modos de producción de la sociedad a través de la historia, el problema central que explica al resto de los factores, es justamente el trabajo: ya se trate del correspondiente al comunismo primitivo, al esclavismo, al feudalismo, al capitalismo, o a los proyectados socialista y comunista científico (Marx, 1977; 20-21, 34-38, 55-62, 86-90).

En los **Manuscritos económico-filosóficos de 1844** (Marx, 1975), correspondientes a su comprensión esencialista del hombre, define al trabajo como:

“Por tanto, cuando nos preguntamos cuál es la relación esencial del trabajo, nos preguntamos cuál es la relación entre el *obrero* y la producción.” (Marx, 1975; 77)

Esto es, una actividad que permite concebir al hombre por sus relaciones con la producción, bien sea como obrero o como empresario (Marx, 1975; 73), y por ende, con una comprensión o *conciencia social* correspondiente. El *trabajo* se señala como el ingrediente fundamental de la organización de la sociedad: como una actuación universal que acoge a la multitud de individuos y los integra en alguno de los dos grupos fundamentales antes mencionados, o clases sociales.

El trabajo en Marx, se deslinda de las comprensiones precedentes poseedoras de una definición abstracta que resulta de una dinámica social complejizable, para mostrar su maleabilidad respecto de la organización de la producción, de la lucha de clases que enfrentan individuos concretos en situaciones cotidianas; en suma, el trabajo se muestra como una serie de actos personales y colectivos.

Ahora bien, la dinámica de conflicto entre ambas clases (Marx, 1972; 19) genera la lógica de contradicciones y resoluciones sintetizadoras, o *dialéctica*, desde la cual Marx se expresan las diversas modalidades de acceso a la propiedad privada y a sus consecuentes conflictos en la organización social a través de la historia (Marx, 1977; 81-82). Así, su comprensión del desarrollo social toma un sesgo económico, pues considera al trabajo, a las clases sociales en lucha y a los modos

de organización de la producción económica, como constitutivos del eje medular explicativo del hombre y de su acción colectiva. Más aún, caracteriza al hombre por el trabajo, y coloca a éste último como fragmento que define a la sociedad. Por ello, lo que le ocurre al hombre durante su jornada de trabajo, es lo que construye a la sociedad: en otras palabras, si el hombre se enajena por el trabajo, el trabajo resulta enajenante y la sociedad construye discursos que omiten este hecho (discursos de opresión), y otros que lo muestran (discursos de rebelión).

“El obrero se convierte, pues, en siervo de su objeto en dos sentidos: primero, en cuanto a la adquisición de un *objeto de trabajo*, es decir, de *trabajo*, y, en segundo, en cuanto a la adquisición de *medios de sustento*. ... Servidumbre que culmina en el hecho de que ya sólo puede mantenerse en cuanto *sujeto físico* como *obrero* y sólo puede ser obrero como *sujeto físico*.” (Marx, 1975; 76)

La inclusión y la exclusión sociales son resultado de la comprensión del mundo de cada individuo, específicamente, de su participación en un grupo socio económico, esto es, en su clase social. Por ende, Marx explica la presencia de un mundo de producción conflictivo y de dos comprensiones de él, de dos versiones del transitar por él: desde la aceptación del mito del progreso social que requiere paz y dejarlo transcurrir, y, el de su crítica y su transformación en los hechos y en las palabras, es decir, en la *praxis*:

“Los filósofos se han encargado de interpretar el mundo, y de lo que se trata, es de transformarlo.” (Marx, 1977; 668)

Así, no sólo el hombre, sino el propio trabajo, y por extensión, la organización social de la producción, son concebidos por Marx como una actuación pensada, como una correspondencia, *sine qua non*, entre actuar y pensar. Una acción que surgió de la elección racional y de la conciencia de clase (la heredada y asumida como tal, o bien, la que se decidió transformar). Marx no sólo apunta a la dimensión económica del trabajo y sus consecuentes vínculos sociales, sino que además deja clara la relación de dominación que contienen.

Por ende, la convivencia en la sociedad se descifra desde el trabajo y muestra su triple presencia en los individuos: por la ubicación laboral, por la reproducción de la lucha de clases en cada actividad social, por la comprensión racional de esta situación bien sea como inmutable y determinante de cada individuo, bien sea como una construcción del pasado y del presente que puede y requiere de su transformación. En suma, la referencia de Marx a la dialéctica hegeliana entre el señor y el siervo (Hegel, 1973; 120-121), toma una expresión colectiva en sus *clases sociales*; por ende, las oportunidades de emancipación servil hegeliana se constituyen en el proyecto revolucionario de la clase oprimida.

En suma, Marx muestra el carácter constructor del trabajo tanto en los individuos, como en las clases sociales y en el propio transcurrir de la historia (recordemos la famosa frase: “La lucha de clases es el motor de la historia.” (Marx, 1972; 19)). Propuesta con la cual establece la oportunidad de comprensión y de actuación de los individuos, como un hecho de múltiples direcciones, que arrancando de la actividad específica de trabajo, irradia al conjunto de las relaciones sociales del individuo, tanto como de sus oportunidades de comprenderla. Por ello, el próximo horizonte social se decide más allá de los *pactos sociales* y de la convivencia *solidaria*; en la lucha laboral, de poder de clase y del propio proyecto social. Los individuos se comprenden y actúan desde el vaivén irregular de su cotidianidad que les permite tanto la inserción, como el ajuste permanente de sus proyectos en los históricos. Para Marx la sociedad es mutable y depende tanto de la *praxis*, como de su capacidad de autocrítica, condiciones que le permiten su reconstrucción constante.

En suma, en este breve recorrido sobre la comprensión sociológica del trabajo en el siglo XVIII y el XIX, podemos notar la reiteración en su efecto definitorio y constructor sobre el individuo. Ya sea concibiéndolo de manera lineal y armónica (Comte), o bien, como una postura opcional (Durkheim) o conflictiva (Marx); el trabajo se comprende como la actividad promotora de la socialización humana, y por consecuencia, de un evolucionismo histórico. Se convierte así, en la categoría

quid para el análisis social y para las construcciones discursivas disciplinares *ad hoc*.

2.El trabajo *masifica* al individuo

Una de las subsecuentes formulaciones de esta propuesta decimonónica, que se realiza en el siglo XX, en el período entre las dos Guerras Mundiales, es la de la *Teoría Crítica*. Interesa aludir a ella por su impacto social, así como por su sustento de largo aliento a lo largo del siglo y bajo diversas acepciones propias de la disciplina de la Sociología. Esta propuesta de interpretación arranca con el exilio de Adorno y Horkheimer de Alemania y su arribo a los Estados Unidos de Norteamérica, donde no sólo se instalarán en términos académicos, sino también de constitución de una tendencia de análisis. Justamente, uno de sus discípulos más destacados, Marcuse, apropiándose de los elementos fundamentales de sus maestros propone la comprensión del individuo como *hombre unidimensional* que desde sus carencias, vive, comprende y actúa parcialmente en un mundo lleno de posibilidades emancipatorias, pero que escapan de su comprensión habitual del mundo.

En su obra **El Hombre Unidimensional** (Marcuse, 2001), Marcuse actualiza la propuesta de Marx sobre el hombre enajenado por el trabajo, para plantear un individuo inserto en un proceso de producción capitalista de renovación constante que le exige más que su adaptación a los procesos industriales específicos, su apropiación y regeneración, a cambio de su pérdida de energía, de iniciativa, de imaginación respecto de su propia vida individual:

“La producción y la distribución en masa reclaman al individuo en su *totalidad*, ... Los múltiples procesos de introyección parecen haberse osificado en reacciones casi mecánicas. El resultado es, no la adaptación, sino la *mimesis*, una inmediata identificación del individuo con su sociedad y, a través de ésta, con la sociedad como un todo. Esta identificación inmediata, ...reaparece en la alta civilización industrial; ...producto de una gestión y una organización elaboradas y científicas. En

este proceso, la dimensión “interior” de la mente, en la cual puede echar raíces la oposición al *status quo*, se ve reducida paulatinamente. La pérdida de esta dimensión en la que reside el poder del pensamiento negativo -el poder crítico de la Razón-, es la contrapartida ideológica del propio proceso material mediante el cual la sociedad industrial avanzada acalla y reconcilia a la oposición. El impacto del progreso convierte a la Razón en sumisión a los hechos de la vida y a la capacidad dinámica de producir más y mayores hechos de la misma especie de vida.” (Marcuse, 2001; 40-41)

Esta complacencia social y su inercia reflexiva individual, promueven que el hostigamiento comercial, necesario para la reproducción del capital, incite al consumo de una serie infinita de productos dispensables de la vida cotidiana, pero necesarios para la exhibición social del poder adquisitivo de cada individuo, desde la cuales se conforma una modalidad de convivencia social que se suma a las precedentes definiciones de Marx sobre el trabajo: ahora, además, el trabajo se constituye en un elemento que permite consumir y mostrar socialmente un *poder de adquisición*. Poder desde el cual se reformulan las identidades de clase social y las conciencias correspondientes. Por ello: “El trabajo es un trabajo técnico y como verdadero trabajo técnico tiende a la reducción del esfuerzo físico y mental. “ (Marcuse, 2001; 280)

Esto conduce a una construcción de la individualidad en el ámbito alternativo ofrecido por la sociedad, el consumo, en el cual se ratifica la simbiosis social y la acrítica individual en el cómodo extremo de *seguir las modas*. Así, se construye una individualidad en el momento de perderla. Al respecto Marcuse estipula:

“Los productos adoctrinan y manipulan; promueven una falsa conciencia inmune a la falsedad. Y a medida que estos productos útiles son asequibles a más individuos en más clases sociales, el adoctrinamiento que llevan a cabo deja de ser publicidad; se convierten en modo de vida. Es un buen modo de vida... Así surge el modelo de *pensamiento y conducta* unidimensional en el que ideas, aspiraciones y objetivos, que trascienden por su contenido el universo establecido del discurso y la acción, son rechazados o reducidos a los términos de este universo. ...Los que hacen la política y sus proveedores de información de masas promueven sistemáticamente el pensamiento unidimensional.” (Marcuse, 2001; 42, 44)

Así, el trabajo permite, mediante el usufructo de su remuneración salarial o de las ganancias, expresar una nueva modalidad de lucha de clase: la que se muestra en la diferencia en el acaparamiento de objetos, en su renovación continua y en el modo de vida (asistencia a espectáculos, diversiones, comidas fuera de casa, viajes, ropa y joyería para cada ocasión). El consumo establece un nuevo matiz en la competencia individual y en la caracterización de los grupos humanos que multiplican las acepciones generales de Marx (clase proletaria y clase burguesa).

Este es el principio del fin de la comprensión social fincada en el ejercicio del trabajo, pues al vincularlo con el consumo y su carácter de exhibición, y dada la necesidad expansionista del capital en busca permanente de nuevos mercados; ocurre que, a través de la segunda mitad del siglo XX, esta relación se va desequilibrando para ponderar el poder adquisitivo, ahora también, como expresión de la vida individual, como sinónimo de su libertad y de su versatilidad de construcción. Dicha ponderación alcanzará no sólo la omisión del trabajo en la sociedad finisecular, sino que postulará al *consumo efímero* o *descartable*, como una acción de afirmación individual; sobre esto se abundará más adelante.

Resulta relevante insistir en la denuncia de Marcuse sobre la *unidimensionalidad de la vida del hombre* orientado por el consumo, pues señala que, inclusive en la elección de una construcción política democrática, se encuentran los elementos de reproducción acrítica de la sociedad (Marcuse, 2001; 273). Así la solución a este dilema es imposible de pensar desde el interior de este sistema de comprensión de la sociedad. Se requiere que:

“...la tecnología puede proveer la corrección histórica de la prematura identificación entre Razón y Libertad, de acuerdo con la cual el hombre sólo puede llegar a ser libre y seguir siéndolo mediante el progreso de la productividad que se autoperpetua sobre la base de la opresión. En el grado en que la tecnología se ha desarrollado sobre esta base, la corrección no puede ser nunca resultado del progreso técnico por sí mismo. Supone una inversión política.” (Marcuse, 2001; 262)

Esto supone que la crítica debe rebasar los marcos de la normalidad social, con el objeto de plantearse una acepción diferente de libertad. Marcuse ubica esta actividad humana que desborda a lo normal, por definición propia, en la producción artística:

“La civilización tecnológica establece una relación específica entre el arte y la técnica. ... En vez de ser el criado del aparato establecido, embelleciendo sus negocios y su miseria, el arte llegaría a ser una técnica para destruir estos negocios y esta miseria.” (Marcuse, 2001; 267)

No sólo aborda así, la cuestión de la libre creación vanguardista, sino de la posibilidad de construcción del disenso, la rebelión y la evidencia de las catástrofes naturales provocadas por el desarrollo continuo de la tecnología y la ciencia, en un lugar del mundo ajeno a esta sociedad opulenta: “...en las áreas menos avanzadas del mundo, donde la introducción de tal sistema todavía implica un tremendo progreso en términos técnicos y humanos.” (Marcuse, 2001; 270). Apuesta a la insubordinación del mundo del subdesarrollo contra el de la opulencia al sostener: “En consecuencia, el cambio cualitativo parece presuponer un cambio *cuantitativo* en el nivel avanzado de la vida que equivale a *una reducción del superdesarrollo*.” (Marcuse, 2001; 270)

Si bien Marx colocaba un ejemplo de esta experiencia vital en el mero disfrute del *tiempo libre* (Marx citado en Marcuse, 2001; 269), Marcuse propone, en cambio, el experimento de no-funcionamiento de la televisión y los medios informativos similares para iniciar la *desintegración del sistema* capitalista, para tener que atender ineludiblemente a la voz interior de todo individuo que se pregunta por el sentido de su vida, de su papel en su sociedad y en el mundo. Cuestiones desagradables y de respuesta difícil que evidenciarían la urgencia de transformar *la base material de la dominación* cuando la conciencia más avanzada de la humanidad se encuentre con la fuerza más explotada.

Si bien Marcuse reitera y actualiza la crítica de Marx a la sociedad de la estabilidad, e inclusive, su solución revolucionaria; destaca la imposibilidad de

cuestionamiento al perfecto círculo del trabajo y el consumo que constituyen el eje de la sociedad de bienestar, correspondiente a la segunda posguerra. Dicha actualización, le lleva a considerar la expresión de la lucha de clases a nivel intranacional e internacional, para colocar en el subdesarrollo las oportunidades de emancipación general de la sociedad mundial. En la reflexión finisecular del XX, destaca justamente ante el derrumbe del Estado Interventor, este reconocimiento unánime de la interrelación de ambos tipos de Naciones: los efectos migratorios de impacto social rebelde y criminal que alteran continuamente las normas jurídicas vigentes en cada territorio. Situación que coloca una vez más, en el centro del huracán, al trabajo: su búsqueda interna o migratoria, así como las posibilidades cada vez más limitadas de su consecución. Simultáneamente, propone una acepción del *trabajo como masificador* del individuo *per se*, que requiere de la crítica y la actuación de aliento *práxico* marxista, para remover la *unidimensionalidad* que le es propia en tales circunstancias, y, construir una *pluridimensionalidad* liberadora.

El transcurso del siglo XX, también evidenció que la contradicción entre las sociedades desarrolladas y subdesarrolladas aún tenía futuro, un futuro limitado por la ya referida ola de crisis de la producción capitalista hacia su final. Asimismo, mostró un florecimiento del consumo en el *tiempo libre* que dio motivo para la reactivación finisecular del capital: la industria del servicio, los medios informativos y el entretenimiento.

Este será el escenario analítico de los sociólogos finiseculares y neoseculares que abordaremos a continuación: Giddens, Beck y Lipovetsky.

3.El trabajo *reconstruye* al individuo

La propuesta de Anthony Giddens que interesa referir, no es la correspondiente a su comprensión estructuralista de la sociedad, sino la serie de reflexiones críticas al neoliberalismo de Thatcher que logran consolidarse en publicaciones que

enfatan el cambio en su presente social, hacia finales de los años noventa y como resultado de su asesoría al gobierno del Partido Laborista, el cual en 1997, accedía al poder en el Reino Unido con Anthony Blair. Desde esta perspectiva de comprensión de la política pública y de su enfoque sociológico puesto a prueba por las propias condiciones sociales, es que Giddens se plantea la actuación del individuo en el trabajo, como lazo generador de solidaridades.

Cabe destacar que en su análisis del Estado propio de la década de los años noventa, ya desde 1994 en **Más allá de la Izquierda y la Derecha**, y en algunos otros textos posteriores (Giddens, 2000^a. 2000b. 2000c), reitera su postura como constructor a futuro de un modelo que rebasando las condiciones de crisis, imprima sobre las ruinas del Estado de Bienestar y los fracasos del neoliberalismo, una renovación del proyecto de la social democracia que él denomina la “*tercera vía*” y al cual caracteriza como “*Estado social inversor*” (Giddens, 2000b; 119). Su análisis crítico alcanza a establecer en continuidad con Offe, que el problema del Estado de Bienestar consistía en que no resolvía el problema de la miseria y la desigualdad básicos del capitalismo; añadiendo que, al sustentar y promover el desarrollo económico generador de riqueza social, dicho modelo tuvo por efecto el crecimiento y enriquecimiento de la clase media y muy parcialmente de los sectores obreros y campesinos (Giddens, 2000^a; 154); no obstante, en su conjunto aparecía como un proceso de mejora generalizada en los modos de vida y esto promovía su legitimación (Giddens, 2000^a; 141).

Su propuesta del *Estado social inversor* resulta de una visión crítica al Estado Interventor, en su oferta de política económica sería relevante apoyar, en términos financieros, la creación de infraestructura en la iniciativa individual con el objeto de reactivar el mercado económico y laboral; de tal manera que la libre empresa rebasara al sector empresarial tradicional para incluir a los sectores restantes. Así, la atención social debería quedar restringida sólo a los individuos en *pobreza extrema* (Giddens, 2000b). Específicamente, en el libro **La Tercera Vía. La renovación de la socialdemocracia** de 1998 (Giddens, 2000), aborda la

postura del individuo ante un Estado que se oriente por la renovación económica de iniciativa propia (Giddens, 2000; 38).

En este horizonte analítico, la comprensión del trabajo de Giddens parte del supuesto tradicional, y ya mencionado en Durkheim, de que:

“El trabajo tiene múltiples beneficios: genera ingresos para el individuo, da una sensación de estabilidad y dirección en la vida, y crea riqueza para la sociedad en general. ... Una sociedad inclusiva debe proveer lo suficiente para las necesidades básicas de los que no pueden trabajar, y debe reconocer la mayor diversidad de metas que la vida ofrece.” (Giddens, 2000; 131)

En otras palabras, hay una *solidaridad social* por reconstruir, en atención a novedades que encuentra en el ámbito económico y político: contracción económica y del mercado laboral, desempleo y paro indefinido; quiebra de empresas, construcción de redes y mercados globales (Giddens, 2000; 15).

La solución la coloca en la consideración de los problemas de ambos sectores sociales: empresarios y empleados. Su intención es construir un *ethos empresarial responsable*, que en correspondencia a un *liberalismo cívico* (Giddens, 2000; 128), permita la expresión individual, su organización y la reactivación de las dinámicas democráticas, que reconstruyan el perdido diálogo social y las *redes comunitarias de autoayuda* (Giddens, 2000; 131). Así, el individuo es el renovador de la sociedad y el promotor de acciones empresariales o laborales que resuelvan la dirección de la política pública. Quizá por ello el abandono de su precedente postura estructuralista y su apuesta por el individuo proactivo (Giddens, 2000; 50). No obstante, éste debería aún generalizar su aparición.

No obstante, su ánimo propositivo posee principio de realidad y vislumbra la recurrencia de un problema que ya antes había deteriorado al antiguo Estado de Bienestar: éste es el ajuste de los individuos a las cambiantes condiciones de la atención social, con el objeto de optimizar sus ingresos y muy a pesar del

deterioro que causan en la sociedad: “El dilema es que cuanto mayores sean las prestaciones, mayor será la oportunidad de riesgo moral, al igual que de fraude.” (Giddens, 2000; 136).

En este dilema, reitera la crítica de Offe al precedente Estado de Bienestar, quien concebía a la sociedad como un drogadicto en espera de su dosis: si se le otorga, requerirá de más en el futuro próximo, y si no, tendrá crisis cruciales por abstención (Offe, 1990; 68); en otras palabras, el sistema de atención social, de contención de conflictos mediante la sofisticación administrativa y burocrática, y evidentemente, de sobregiro en su capacidad de gasto, no resuelven los problemas de la sociedad, ni de los individuos. Antes bien, les orillan al fraude continuo como *modus vivendi*, ya que dichas condiciones son las que han generado su exclusión del sistema económico, han roto el lazo solidario laboral, y en consecuencia, han alterado los propios criterios morales de la actuación.

A Giddens le queda clarísima su apuesta por la emergencia del individuo, inclusive al extremo de posicionar al Estado en el límite de la irresponsabilidad. Así por ejemplo, en el caso de la renovación (o anulación) del sistema de pensiones, afirma que “...tal estancamiento institucional refleja por sí mismo la necesidad de una reforma, pues el sistema de bienestar ha de ser tan dinámico y sensible a las tendencias sociales generales como cualquier otro sector de la Administración.” (Giddens, 2000; 137). La *sensibilidad ante las tendencias sociales* aparece en su argumento como una metáfora, que expresa pertinencia disciplinar, pero que se desprende del hecho real de que los individuos no encuentran trabajo y se enfrentan a la disyuntiva: vivir de las políticas sociales del Estado, o bien, salir del ámbito de la legalidad para construir el auge del mercado *negro* y de la criminalidad (Giddens, 2000; 104). Es una metáfora que oculta la evidencia de que el Estado no cumple, porque no puede hacerlo, con sus promesas y funciones de dirección económica y protección laboral, salarial y de mejoría en las condiciones de vida.

Por ello, su propuesta se orienta por un ejemplo exitoso: ofrece una elegía al capitalismo desarrollado de Holanda, Bélgica, Austria y Suecia (Giddens, 2000; 133). A partir de este modelo propone el *Estado de Bienestar Positivo* y recupera, argumentalmente, un Estado de Bienestar mejorado, el cual es responsabilidad de los individuos que al constituirse en una *sociedad de bienestar* orientarán, a su vez, al Estado, señala:

“...el renacimiento de la cultura cívica es una ambición básica de la política de la tercera vía, el compromiso activo del gobierno en la economía social tiene sentido. ... La sociedad del bienestar en este contexto no es sólo la nación, sino que se extiende por encima y debajo de ella. ...se altera el contrato entre individuo y el gobierno pues la autonomía y el desarrollo personal –el medio de expandir la responsabilidad individual- se convierte en el foco principal. ...atañe a los ricos igual que a los pobres.” (Giddens, 2000; 150-151)

En este momento, abre la oportunidad de inclusión política de las demandas ciudadanas promovidas por las Organizaciones No Gubernamentales, como expresión de las solicitudes de los individuos; lo cual, más allá de la construcción de una dinámica de democracia en ciernes que hemos de referir en el siguiente Capítulo, nos muestra por ahora, con toda claridad, la vinculación *sine qua non* que concibe entre la reconstrucción económica y la política, entre la acción individual en el mercado laboral y la del ciudadano propositivo. En términos específicos, se propone la construcción continua de un *capital humano* a lo largo de la trayectoria de vida individual:

“Los gobiernos han de impulsar la educación durante toda la vida, desarrollando programas educativos que comiencen en los primeros años de un individuo y continúen incluso a una edad madura. ... importante es el desarrollo de la competencia cognitiva y emocional. En lugar de... prestaciones incondicionadas, las políticas deberían orientarse a estimular el ahorro, el uso de recursos educativos y otras oportunidades de inversión personal.” (Giddens, 2000; 147)

Lo que nos remite a la comprensión del trabajo y del mercado laboral que deben reinventarse continuamente, desde el horizonte de oportunidad individual para la

formación de nuevas empresas, así como de la búsqueda de relaciones laborales por trabajo específico: esto es, la referencia a la indefinición en la edad de jubilación y la educación permanente durante las diferentes etapas de la vida, con el objeto de realizar también, diferentes tipos de trabajo social útil (Giddens, 2000b; 140-142). Aunque implica a su vez, el reconocimiento de la diversidad creciente de tipos de trabajo sin limitaciones de escolaridad, edad o género (Giddens, 2000^a; 144); así como la ruptura con el modelo de productividad centrado en la industria, y por ende, con el agotamiento de la figura del empleo permanente, la jornada completa y la organización social patriarcal sobre los cuales se sustentaba (Giddens, 2000b; 145).

En este contexto, postula la ruptura entre la escolaridad y el ejercicio laboral, así como entre éstos y la pertenencia de clase, e inclusive, entre ellos y la permanencia generacional en una clase, y ubicado en el límite, sostiene que la pertenencia de clase ha dejado de ser “una experiencia para toda la vida” de un individuo (Giddens, 2000^a; 148-149). Esta acepción futurista queda fuera del esquema previo del trabajo ejercido por contrataciones definitivas y exclusivas, con salario fijo y acceso predeterminado a ciertas prestaciones sociales.

Al hilo de tales reflexiones, reconoce la diferencia entre *trabajo remunerado* y *trabajo por compromiso social*, así como el fomento de éste último por el Estado, con el objeto de reconstruir desde dicha acción individual la *cohesión* social:

“Como muestran diversos estudios en Europa, “más y más personas buscan un trabajo con significado propio y oportunidades para el compromiso fuera del trabajo. Si la sociedad puede valorar más y recompensar ese compromiso, y ponerlo al nivel del empleo remunerado, puede crear tanto una identidad individual como cohesión social.” “ (Beck en Giddens, 2000; 150)

De este modo, se postula al trabajo voluntario o altruista como la panacea de la reconstrucción de la solidaridad en el segundo milenio. Panacea que omite el dato fundamental, de su emergencia social como actividad complementaria a la del

trabajo remunerado: es decir, sin un trabajo que proporcione los medios de sobrevivencia social, no hay solidaridad, sino terror y criminalidad.

En suma, la comprensión del trabajo de Giddens no sólo abunda en metáforas argumentales y viajes sublimes por la tierra del futurismo milenario, sino que además se encuentra fuertemente limitado por su necesidad, más política que sociológica, de mostrarlo emergiendo en un nuevo mundo político con la salvaguarda de su *Estado de Inversión Social*. Asimismo, no sólo reitera las críticas de Offe al precedente Estado de Bienestar, sino que también actualiza la propuesta durkheimiana del trabajo como constructor de la solidaridad, bajo la simple acepción de: nuevas modalidades de trabajo gestarán nuevas modalidades de solidaridad.

Quizá el peso de su precedente postura estructuralista sea excesivo para permitirle una comprensión social objetiva, donde el propio sistema social de bienestar aparezca fracturado y en una prolongada transición, que dando muestras de indefinición como nota específica, multiplique (antes que simplifique) sus diferencias y la necesidad de una comprensión de la racionalidad del orden social desde otros parámetros. Así, el agotamiento de su explicación sociológica que no dibuja alternativas reales, evidencia la carencia discursiva de los parámetros precedentes de racionalización y requiere de otros *horizontes de interpretación*, de otros escenarios, acordes con la predominancia de lo Otro. Giddens no refiere y no comprende que el trabajo muestre su agotamiento para los fines económicos al dejar de brindar salarios que permitan vidas cómodas y en mejoría; que evidencie su falta de construcción solidaria al generar una inconformidad que raya en el terror y la criminalidad; que pierda su razón social al deteriorarse desproporcionadamente frente al ocio que acapara el sentido de la vida individual.

La comprensión de Ulrich Beck respecto de las transformaciones neoseculares se concentra en uno de sus primeros éxitos editoriales, **¿Qué es la Globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización**, el cual data de 1997 (Beck, 1998). Aunque su reflexión sociológica es anterior a esta fecha, es éste un libro que anuda en su explicación de esta categoría, las diversas dimensiones de la actuación social: económica, política, cultural, social e individual. En tanto discípulo de Habermas, entiende los procesos sociales por su vinculación e interrelación recíprocas, así como por la mutua afectación del ámbito de lo nacional con lo internacional. Cabe reiterar la relevancia de su horizonte histórico social constituido por el derrumbe del Muro de Berlín, la unificación alemana consecuente, y por último, el proceso de integración de la Unión Europea, que son propios de la década de los noventas; acontecimientos que obligan a la reflexión germana desde muchas perspectivas, entre ellas, la sociológica: de aquí su preocupación analítica.

La reflexión teórica de Beck arranca de su postura de espectador inicial del debate sobre el derrumbe del Estado Interventor, para ofrecer una explicación que partiendo de los problemas de funcionamiento político del Estado, aúna a la situación de agotamiento financiero y anquilosamiento administrativo del pasado; el ajuste con las nuevas dinámicas y necesidades del mercado económico. Con una perspectiva analítica orientada hacia el futuro inmediato, y destacando su veta más que marxista, habermasiana; coloca en el eje medular de las transformaciones sociológicas de su consideración, al trabajo. Sostiene:

“Los empresarios han descubierto la nueva fórmula mágica de la riqueza, que no es otra que *capitalismo sin trabajo más capitalismo sin impuestos*. La recaudación por impuestos a las empresas –los impuestos que gravan los beneficios de éstas- cayó entre 1989 y 1993 en un 18.6%, y el volumen total de lo recaudado por este concepto se redujo drásticamente a la mitad.” (Beck, 1998; 20)

Este problema es el conocido caso de la salida de la empresas trasnacionales de su país originario para colocar, en su expansionismo comercial, empresas

semejantes por todo el mundo: el resultado es el decremento del ingreso de la recaudación pública por la vía de los impuestos a las empresas, de tal manera que el fondo disponible para el gasto estatal en atención social, disminuye continuamente. Señala que este hecho genera conflicto, también, entre estas empresas y las locales, pequeñas o medianas, que no pueden evadir al fisco. Un último efecto conflictivo relevante, lo encuentra en el despido de asalariados en el país de origen, puesto que el mismo trabajo se paga mucho más barato fuera del primer mundo, y, con menores exigencias laborales y de prestaciones. Así, las consecuencias visibles le parecen:

“... sean precisamente los *perdedores* de la globalización, tanto el Estado asistencial como la democracia en funciones, los que tengan que financiarlo todo mientras los *ganadores* de la globalización consiguen unos beneficios astronómicos y eluden toda responsabilidad respecto de la democracia del futuro. Consecuencia: es preciso formular en nuevos términos teóricos y políticos la cuestión trascendental de la justicia social en la era de la globalización. ... Las multinacionales ... retiran *de facto* su lealtad para con los actores del Estado nacional; con lo cual cae también en picada el grado de integración social de sus respectivos países, y ello tanto más cuanto que más fuertemente se fundamentaba éste en el aspecto puramente económico. Son precisamente los Estados asistenciales bien acolchados los que caen en este insidioso círculo vicioso... Los nuevos ricos ya no “necesitan” a los nuevos pobres. Entre ambos colectivos resulta difícil llegar a un compromiso, porque falta un marco común apropiado en el que se puedan abordar y regular estos conflictos que traspasan las fronteras.” (Beck, 1998; 22-23)

Beck evidencia con estas palabras, el impacto de la dinámica del crecimiento económico transnacional que empobrece a su lugar de origen. Dicho empobrecimiento, no es sólo en fuentes de trabajo, sino también en subsidios a la política social; de ahí su referencia al deterioro e irresponsabilidad de las empresas con la democracia. Finalmente, alcanza a comprender, además, el deterioro que estas circunstancias provocan en las relaciones sociales, en la construcción de la cohesión nacional, y en la oportunidad de idear y construir nuevos pactos de resolución a los conflictos sociales. Esta primera aproximación a su comprensión del problema, nos muestra ya, su claro alejamiento de las hipótesis marxistas de un análisis crítico que repercuta en el cambio social por la

vía de la distribución de la riqueza; así como, su flagrante aproximación a la respuesta durkheimiana de encontrar las medidas jurídicas y económicas necesarias para la construcción de una solidaridad (o un compromiso) *ad hoc* con las nuevas circunstancias. Por ello, sus preocupaciones se centrarán, en adelante, en el restablecimiento de un orden internacional y nacional que asegure la predominancia del antiguo Primer Mundo en la reconfiguración del poder económico y político, así como la tolerancia mínima posible hacia los demás tercermundistas.

Por ahora, cabe destacar que en dicha comprensión del problema, su caracterización de la sociedad como *capitalismo sin trabajo más capitalismo sin impuestos*, no sólo brinda al trabajo el lugar central que impacta, deconstruye y construye al entorno económico, sino que además, le concede su dimensión social de desestabilizador del *status quo* y la *solidaridad*. La categoría de *capitalismo sin trabajo más capitalismo sin impuestos* le lleva a mostrar las condiciones finiseculares de la reestructuración y de la expansión del mercado, entre las cuales se encuentran: la sobrevivencia económica de las empresas más consolidadas y de las transnacionales, el reajuste de las condiciones de aprovisionamiento de materias primas, del trabajo artesanal u obrero, y de la distribución mundial de las mercancías, las cuales posibilitan una vinculación especial entre los empresarios y los lugares de creación de mercado laboral tercermundista, en el cual se les proporcionan condiciones preferenciales a los inversionistas extranjeros, ante la propia imposibilidad de reactivación de la producción.

Así, se generaliza una nueva relación entre empresarios transnacionales en busca de mejores condiciones de producción y los Estados tercermundistas que requieren de la reactivación de su mercado laboral. En consecuencia, desde la perspectiva primermundista, sostiene que “El capitalismo destruye el trabajo.” (Beck, 1998; 92) y que el paro se generaliza como un cáncer social, inclusive, que la *flexibilización del trabajo* es un enmascaramiento del problema de la extinción

del trabajo remunerado y permanente que comenzó en los años setentas a cundir por el mundo. Situación ante la cual se presenta dicho *capitalismo sin trabajo* que no se alcanza a comprender, pues tanto “Los políticos, las instituciones y también nosotros mismos nos movemos en el ficticio mundo conceptual del pleno empleo.” (Beck, 1998; 94). Ficción que agudiza el problema básico del empobrecimiento crónico del erario público y de su subsidio proveniente de las cotizaciones de los todavía ocupados.

Sobre la ficción del *pleno empleo* habrá de volver en su texto posterior, **Un Nuevo Mundo Feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización**, de 1999 (Beck, 2000). Aquí inicia la reflexión aclarando el vínculo moderno que existe entre trabajo y libertad, y en última instancia, entre trabajo y política democrática; caracteriza al *trabajo moderno* como:

“En este sentido, la modernidad representa una verdadera revolución. A partir de entonces, el individuo se define precisamente mediante lo que en la antigüedad significaba exclusión de la sociedad: mediante el trabajo remunerado. ... Este concepto histórico fue un arma reivindicativa que se volvió contra el dominio del hombre improductivo. El individuo trabajador comenzó a demonizar al individuo ocioso y a defender la ideología del crecimiento. ... En la Edad Moderna nace la idea de la democracia como democracia del trabajo.” (Beck, 2000; 20-21)

Así, después de mostrar la evidencia sobre el surgimiento del mito moderno que vincula trabajo con libertad y democracia: no lo cuestiona. Resulta apabullante la omisión de este mito que se encuentra operando inclusive en la descripción marxista de los *modos de producción* a través de la historia (Marx, 1977), y por supuesto, en la propia comprensión durkheimiana de la *solidaridad* (Durkheim, 1999). Beck, en cambio, asume la pertinencia de esta comprensión moderna, cuestiona el mito subsecuente del *pleno empleo* como un hecho, y continua con su propia caracterización del trabajo para su momento de reflexión, 1999, concibiéndolo como en un nuevo proceso de transformación, el correspondiente a su denominada Segunda Modernidad.

Cabe destacar la veta cultural valorativa del trabajo señalada por Beck, que rebasa la comprensión de la abundante literatura económica que lo refiere como medio de subsistencia, esclavitud moderna, e inclusive, promotor de los vínculos sociales. En su lugar, Beck apunta que el individuo encuentra un valor cultural al realizar el trabajo y conseguir, a su vez, un prestigio social y un derecho cívico: el de su expresión ciudadana en la democracia. Así, la *democracia del trabajo* conlleva la oportunidad de renovación social por la vía de la reflexión, el debate y las votaciones: circunstancia que opera como *modus vivendi* en las relaciones productivas, comerciales y laborales durante el XX (Beck, 2000; 21). Este *derecho al trabajo* resulta, de este modo, precursor del mito del *pleno empleo*. Ahora bien, a finales del siglo XX, en Alemania, Beck sostiene:

“... se perfila un nuevo modelo para combatir el paro que se inspira en distintas fuentes de corte liberal, ecologista o comunista. La idea básica de dicho proyecto es el concepto de una sociedad laboral dual (o plural). Ya no se trata de la recuperación del pleno empleo en el sentido clásico de la expresión, en el que la libertad, la actividad política y la democracia están posibilitadas, presididas y limitadas por el trabajo remunerado.” (Beck, 2000; 24)

Así, el *paro* y el *pleno empleo* resultan ser las dos caras de una misma moneda: una silenciada y recortada en las cifras que le refieren, la otra, sobrevaluada y multicitada. Esto ha operado antes y durante la Modernidad, por ende, la omisión discursiva de la existencia del *paro*, se adjudica a que los discursos políticos abundan en promesas de creación de puestos de trabajo, desde las cuales se construya la ficción del *pleno empleo*. Al respecto señala que: “El paro y la subocupación, o, dicho de manera más moderna (y eufemística), el trabajo variado y precario fueron la regla general a lo largo de los siglos. Más aún, no existía paro porque no existía la norma del trabajo.” (Beck, 2000; 21) En su momento, Beck y la crítica social develan estos presupuestos. Así pues, variedad y precariedad han sido dos calificativos frecuentes en la historia del trabajo; no obstante, la comprensión moderna ha enfatizado otras características.

En suma, si el trabajo germano cambia y afirma como nuevo proyecto a la *sociedad laboral dual o plural*, esto significa un reacomodo en la comprensión del trabajo que ampliará su espectro valorativo hacia otros rubros, antes silenciados y devaluados, tales como el doméstico, el de servicios, el cuidado de personas (niños, ancianos y adultos) y del medio ambiente, el de elaboración y difusión cultural y artística, entre muchos otros más (Beck, 2000; 71-73); que permitirían un *contrato laboral múltiple* (que llevaría al empleado a trabajar para las empresas fusionadas, cambiando de adscripción a conveniencia de la empresa), o bien, la *vida laboral discontinua y personalizada* (donde el individuo ofrecería a la empresa un horario y calendario de trabajo con interrupciones, que le permitieran realizar otras actividades) (Beck, 2000; 70-71).

Esta mancuerna de flexibilización laboral ofrecería un ingreso fijo a los individuos sin un compromiso temporal rígido, y a la vez, las empresas podrían diversificar su personal y su colocación, así como disminuir sus costos laborales. La terminología que refiere ya, algunas de sus modalidades existentes, son: *franchising, lean production, subcontracting, outsourcing, offshoring, consulting, downsizing y customizing* (Beck, 2000; 66). Concluyente, afirma que: “Si la primera modernidad transcurrió bajo el signo de la reglamentación y la estandarización del trabajo, en la segunda modernidad se abre paso el principio inverso de la individualización del trabajo.”(Beck, 2000; 66)

A partir de esta explicación, Beck arriba a la pertinencia del resurgimiento de los fantasmas de diversas modalidades del totalitarismo, los cuales habían logrado abolirse a partir de la expectativa de la seguridad material proveniente del trabajo estable moderno (Beck, 1998; 97-98). En este contexto, alerta ante la proximidad de las transformaciones políticas que arriben a consecuencias no deseadas.

Es notoria la reiterada formulación analítica de Beck que entreteje las comprensiones y las actuaciones de tipo económico, político y de construcción social, para mostrar la claridad en su propuesta sobre la necesaria reflexión

multidimensional. En su conjunto, antes que la solución, el resultado de su planteamiento es el de la reactivación del mercado bajo una dinámica que considera al globo terráqueo como elemento fundamental del proceso productivo, razón que posibilita el empleo de la categoría de *globalización*, en el sentido de una integración de los procesos de *des-localización* en los que se revalora *lo local* fuera de la reivindicación provincialista y dentro de un marco referencial global, en el cual se sustenta su valor específico en función del reconocimiento del impacto de los elementos homogeneizadores del mercado mundial en la localidad, que por ende, posibilita a su vez, el proceso de *re-localización* entendido como el vínculo biunívoco de lo global a lo local y de lo local a lo global (Beck, 1998; 76-77): así la globalización tiene una primera y relevante comprensión económica que posteriormente, se desborda para alcanzar a la política y a toda actividad y comprensión social, cultural, moral y científica. A dicha afectación recíproca y relacional, Beck, recuperando una categoría de Robertson, le denomina lo *glocal* (Beck, 1998; 79).

Le parece que, aunque estos fenómenos se habían presentado tiempo antes, durante la consolidación de los grandes imperios de la Antigüedad, las Cruzadas medioevales y el largo proceso de la colonización y la conquista europeas sobre América y África, la novedad actual consiste en el carácter eventual, provisional y sin perspectivas de establecimiento siquiera por diez años, de dichas inversiones empresariales y financieras. Se rompe así, con el carácter *topomonogámico* de la Primera Modernidad capitalista, para generar una *topopoligamia* desde la cual poder tipificar al capitalismo de la Segunda Modernidad (Beck, 1998; 112).

Posteriormente, habrá de precisar estas afirmaciones para enfatizar el carácter *global del capital*, y un complementario crecimiento del *trabajo local de servicio* de bajo salario (Beck, 2000; 50, 54). Por ello se exige versatilidad al trabajo, rebasamiento de la especialización, ya que: “Sólo cuando todos y cada uno de nosotros, hombres y mujeres, tengamos un pie en el trabajo convencional y otro en el trabajo cívico se podrá evitar que el “tercer sector” (Rifkin) se convierta en un

gheto de pobres.” (Beck, 2000; 72) Esto le lleva a apreciar el modelo de la *sociedad con actividades plurales*, donde predomine “... el intercambio entre trabajo regular, trabajo en familia, trabajo cívico, etc.” (Beck, 2000; 73). Si a esta pluralidad de actividades, añadimos la figura del *homo ludens* (Beck, 2000; 74) que actualmente explota en la diversidad conformada por: el espectador de eventos deportivos, el ingreso a casinos, la participación en loterías, y una amplia gama de juegos, inclusive, informáticos; se podrá comprender que su solución al *paro*, independientemente de sus argumentos de múltiples fuentes y problemas, es simplemente la diversificación laboral. Su solución no recupera la complejidad política, cultural y social con la que había problematizado la cuestión del trabajo.

Una perspectiva consistente con sus presupuestos le hubiera llevado a comprender la disolución de las fronteras nacionales en el mercado de trabajo (cuestión que alude como *fronteras perforadas*, pero que no sostiene hasta sus últimas consecuencias), que sólo puede conducir a una consecuencia evidente: la redefinición de las áreas de producción fundamentales, y por ende, de los mercados, de los flujos de capital financiero y de capital humano, así como de las relaciones del poder político postnacional (es decir, independientemente de las nacionalidades); redefinición que se verificará sin mayor alusión ni valoración de su procedencia o destino, ni para los casos primermundistas ni para los tercermundistas. En otras palabras, esta redefinición derrumbará el valor precedente de las nacionalidades, tanto para el capital, los productos y las personas; mostrándolas como uno más de los mitos en desuso de la precedente modernidad.

En cambio, el análisis de Beck sigue su itinerario argumental rumbo a la cuestión de la migración y las economías tercermundistas, a las cuales califica de locales; no alcanza una perspectiva objetiva. Ante todo, concibe la migración del primero al tercer mundo, como deseable resultado proveniente del expansionismo capitalista, el cual exporta profesionistas calificados para la supervisión de los procesos de producción. Los profesionistas locales son omitidos de su escenario:

no existe una ciencia informada y productora de *saberes* fuera del primer mundo, menos aún, un mercado laboral calificado. La migración hacia Europa, a su vez, es referida como *personal de servicio con bajos salarios*: el subempleo y la invalidez de los títulos universitarios de otras nacionalidades, no caben en su derrotero argumental. Su perspectiva primermundista se mantiene preocupada por la inminente posibilidad de pérdida del privilegiado lugar obtenido en la organización mundial moderna; por ello, sus síntomas de la creciente intolerancia aria ante los inmigrantes tercermundistas, así como de la legitimidad de las críticas y de las demandas del tercer mundo ante el terrible deterioro ambiental, industrial, social y cultural provocado por su colonización civilizada, cuando no, por su conquista, le parecen problemas legítimos que constituyen un ejemplo de la transformación valorativa de la acción social, y por ende, impredecible.

En el momento de plantearse su perspectiva resolutive, sólo alcanza a hilar una apretada recuperación de propuestas ya existentes en el debate de ese momento, 1999; desde ahí es que afirma sobre el futuro del trabajo:

“El tránsito de la primera modernidad (definida por unas pautas de vida colectiva, el pleno empleo, el Estado nacional y asistencial, una naturaleza amordazada y explotada) a la segunda modernidad (definida por las crisis ecológicas, el trabajo remunerado en retroceso, la individualización, la globalización y la revolución sexual) resulta problemático por partida doble. Por un lado, porque cambian las ideas maestras (coordinadas) del cambio, aparentemente ultraestables. Por el otro, porque el reto principal (desde el punto de vista político y científico) de la segunda modernidad consiste en que las sociedades deben reaccionar simultáneamente a este cambio en todos los planos. Y esto en una época en la que la posmodernidad y la teoría de los sistemas han anunciado el final de la política y en la que los “hijos de la libertad” parecen apartarse de la política sin el amparo de la tradición, sin *vis* para protestar y con unas perspectivas de futuro nómadas.” (Beck, 2000; 25)

Destaca su comprensión y su orientación desde la recomposición categorial y la pérdida de las grandes teorías explicativas de la sociedad, para vislumbrar tendencias de comportamiento y de sus repercusiones sobre todos los ámbitos de la acción individual y colectiva. Si bien, su planteamiento problemático del trabajo

se coloca, acertadamente, en medio de las dinámicas económicas y políticas contemporáneas, sucedáneas de la deslegitimación del Estado asistencial. Enseguida afirma, en concordancia con la reflexión moderna, y sin más ánimo de novedades, desde la flagrante reiteración del mito moderno que sostiene a las revoluciones del capital como resultado del avance científico y tecnológico; afirma que, la transformación social se centra en la *sociedad del saber*, donde las tecnologías informáticas impactan para acelerar y revolucionar los sectores productivos existentes (agrícola, industrial y terciario), al mismo tiempo que exigen la innovación científica con su respectiva aplicación informática, así:

“Al mismo tiempo, en la *sociedad del saber* el reparto del (y el paso al) saber se convierte en la clave de las nuevas desigualdades y conflictos sociales. ... El sistema del *broker*, del banquero inversor, de los expertos en tratamientos de datos, de los programadores, de las inmobiliarias y aseguradoras sólo puede funcionar si hay toda una serie de gente que ordena, hace la limpieza, conserva, cuida y vela por la seguridad.” (Beck, 2000; 50)

Beck ofrece así, una visión minimalista de la sociedad, en la que el resto de las profesiones y ocupaciones laborales es prescindible. Olvida la necesidad de la alimentación, la vestimenta, el transporte, la producción de energías de diverso tipo, y muchísimas más. Este olvido muestra su falsa generalización del escenario laboral europeo al resto del mundo: europeos profesionistas, empresarios y en ocupaciones diversas de las clases dirigentes y productivas; atendidos por una oleada incontenible de migrantes africanos, asiáticos y latinoamericanos, cuando no europeos ex socialistas, en las distintas ocupaciones del servicio. Así pues, su comprensión del trabajo parece reducir su universo ejemplificador hasta su propia experiencia vital.

El contexto de dichas relaciones sociales que ha referido, queda colocado en la *sociedad de riesgo* y su potencial innovador:

“Las crisis financieras globales encierran asimismo una “fuerza explosiva social” (Beck, 1988), que socava las burocracias estatales, cuestiona la

política económica neoliberal dominante y desbarajusta los trazados de fronteras y las posiciones de poder de la política nacional e internacional. Se impone, pues, abordar la cuestión de una “globalización responsable”. ... Es una sociedad política y autocrítica en un nuevo sentido, una sociedad en la cual, dada la explosiva fuerza política de los amenazadores peligros mundiales ecológicos y económicos, el diálogo, la política y la democracia transnacionales, entre otras cosas, tienen también posibilidades de configuración.” (Beck, 2000; 57)

La fuerza explosiva social es aludida como la acción reconstructora de la modalidad social próxima, que habrá de resolver el aparente caos contemporáneo: así en un par de frases que anudan las posibles dimensiones problemáticas de la comprensión del trabajo, remite la responsabilidad y dirección del observable cambio social, a la libre iniciativa individual, a la expectativa de su actuación homogénea colectiva que permita omitirla, para referir, en su lugar, bien sea a la sociedad, la globalización, o su Segunda Modernidad, en calidad de autores.

En consecuencia, no encuentra impedimento alguno para aludir a esta gama de posibilidades de reconfiguración del trabajo, como adscritas bajo su propuesta de *trabajo cívico*, señala explícitamente:

“... como ideal y luego también como *work and word in progress*, la sociedad centrada en el trabajo (en sentido amplio) dejará paso a la sociedad política, entendida esta palabra en un nuevo sentido, más cotidiana y enmarcada en una perspectiva cosmopolita.

El modelo alternativo de la sociedad laboral no es el tiempo libre, sino la libertad política; ni tampoco la sociedad de las actividades plurales, ... pues en definitiva estas alternativas siguen siendo deudoras del imperialismo del valor “trabajo”, ... debe apostar por una nueva sociedad política (palabra esta empleada en un nuevo sentido histórico), que encarne para Europa la idea de los derechos civiles y de la sociedad civil transnacional, y de esta manera democratice y reactive la democracia. Tal es el horizonte y el sumario programático del concepto de trabajo cívico...” (Beck, 2000; 136-137)

En suma, concibe al *trabajo cívico* como aquel que rebasa a las necesidades, intereses o satisfacción individual, para orientarse por los intereses políticos, la resolución de los problemas comunitarios, el debate y la orientación de los colectivos sobre las políticas públicas y las necesidades de sustento formal de los

proyectos comunitarios: por ello, "...puede ser conservador o revolucionario, o ambas cosas a la vez, o ninguna de ellas." (Beck, 2000; 140). Su remuneración se daría mediante *dinero cívico*, no monetario: esto significa que sería intercambiable por otros servicios que requirieran los individuos. Así, no resultaría gravoso para el Estado, ni para las empresas, ni para los colectivos ni para nadie. Esto le supone dos beneficios relevantes: la cuestión moral de atención a los necesitados, sean éstos, lentos, débiles o marginados, y, la "...autofundación de la sociedad política." (Beck, 2000; 158).

Atisbos de esta propuesta, los encuentra en el capitalismo sueco que promueve el *año sabático* en las relaciones contractuales laborales y fomenta así, el empleo de los parados; lo mismo que en el capitalismo holandés que fomenta el trabajo parcial y las jornadas minimalistas con altos salarios para apoyar la contratación de más empleados y asegurar su alto nivel de consumo (Beck, 2000; 160). Básicamente, tal y como lo plantea Beck, se trata de una reconstrucción del *pacto social* rousseauiano, que encuentre una modalidad de producción capitalista incluyente para la riqueza social: así, una vez más, su entusiasmo utopista rebasa los propios límites de la consabida dinámica capitalista de acumulación de la riqueza y de los privilegios en pocas manos, y la exclusión, la explotación y la miseria en muchas.

Una mirada detenida sobre esta acepción del trabajo, recuerda su afinidad con la comprensión de Marx sobre el trabajo en el Comunismo Científico: trabajar para la comunidad por convicción y conciencia comunitaria sin salario remunerado, ni vigilantes, puesto que las necesidades básicas y más, quedarían cubiertas por la propia organización social, la cual, inclusive, habría rebasado la existencia de los Estados nacionales (Marx, 1977; 145). Por ende, le cabe a Beck la misma objeción que se ha presentado antes a Marx, ¿cómo llegamos ahí? Marx respondía con la revolución, Beck sólo espera que la *fuerza explosiva social* construya este futuro próximo: así, se coloca un paso atrás del Socialismo Utópico al omitir, inclusive, a la acción *voluntaria* individual.

En Gilles Lipovetsky se encuentra una abundante literatura que analiza el consumo contemporáneo desde el fenómeno de las modas, el atesoramiento efímero y la búsqueda insaciable de distinción y de felicidad por parte de los individuos. A pesar de que este es el tema predominante en sus trabajos, conserva la claridad para abordar los criterios mutantes en el mundo a partir del horizonte de transformaciones del capital consecuentes a la crisis económica de los años setentas para Europa, ante los problemas del Estado Benefactor en crisis y las actualizaciones y las reorganizaciones propias de las empresas en su carrera por la sobrevivencia, lo mismo que en el crecimiento y la ferocidad mostrados por el capital financiero (Lipovetsky, 2002). Este horizonte le permite colocar la actuación individual como una reacción a los procesos de su entorno, que no sólo ofrecen modalidades cambiantes de continuo riesgo laboral, sino también, de diversidad en los tipos de vida, en las posibilidades de acceso al consumo que modelan las biografías, y desde aquí, delinea el impacto sobre la comprensión y la actuación en una política democrática de autogestión y de exigencia resolutive ante las instituciones y el propio Estado.

Este anudamiento temático, a su vez, coloca como principal problema a tratar, al trabajo con su diversificación de acepciones, contrataciones y valoraciones contemporáneas; la perspectiva analítica reitera algunos presupuestos de la Teoría Crítica en su inicio, aunque más adelante los cuestiona y avanza sobre la comprensión sociológica y filosófica de los eventos sociales. Esta discusión se encuentra puntualmente referida en **El Crepúsculo del Deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos** de 1992 (Lipovetsky, 2002), y, en **Metamorfosis de la Cultura Liberal. Ética, medios de comunicación, empresa** del año 2002 (Lipovetsky, 2003). Específicamente, recupera la comprensión de la moralización del trabajo en el siglo XIX por los puritanos, laicos, socialistas y liberales (Lipovetsky, 2002; 172); la cual posibilitó, en el arranque del XX, su acepción tayloriana que condujo a "...transformar al obrero en un autómatas sin

pensamiento... [y a que] ... el control científico de los cuerpos ha[ya] prevalecido sobre el gobierno de las almas, la disciplina mecánica sobre la interiorización de los valores, los estímulos materiales sobre las diferentes motivaciones psicológicas.” (Lipovetsky, 2002; 173). Es desde esta perspectiva, que se formula la pregunta analítica siguiente:

“¿Dónde estamos en la actualidad? Se ha producido un cambio considerable que ha trastocado esta configuración bipolar del trabajo, simultáneamente moralista y materialista, rigorista y científicista, idealista y racionalizadora. El desarrollo de los valores individualistas-hedonistas-consumistas por un lado, los nuevos paradigmas de la dirección empresarial por el otro, han sido las puntas de lanza del advenimiento de una nueva *significación imaginaria* del trabajo, de una cultura posmoralista y posttecnocrática del trabajo. ... el evangelio del trabajo ha sido destronado por la valorización social del bienestar, del ocio y del tiempo libre, las aspiraciones colectivas se han orientado masivamente hacia los bienes materiales, las vacaciones, la reducción del tiempo de trabajo. ... Al imperativo del progreso y de solidaridad por el trabajo, ha sucedido el culto individualista del presente, la legitimidad de la búsqueda de la felicidad y de la libertad, de una *fun morality*. ... En la prolongación de esta búsqueda social del tiempo fuera del trabajo, se han desarrollado los horarios flexibles, la acomodación e individualización del tiempo de trabajo, el trabajo a tiempo parcial, la jornada continuada, la legitimidad creciente de los *puentes*.” (Lipovetsky, 2002; 174-175)

Así, Lipovetsky coloca el binomio individuo-trabajo en el eje de las transformaciones del mundo y de la propia comprensión cultural: es decir, que al cambio en la actuación laboral resultante de la contracción del capital y del empleo, le ha correspondido una reformulación cultural en la comprensión del trabajo: si no hay empleo seguro y con una remuneración que permita el consumo de sector social correspondiente, entonces el individuo debe valer por otras actividades que le brinden libertad y felicidad, tal es el origen de la *fun morality* y de la búsqueda de modalidades laborales con menor dedicación temporal, que por ende, demeritan su precedente valoración de responsabilidad y de prestigio.

En este mismo sentido, la clásica y cuestionada figura de mejora social orientada por el avance científico, tecnológico, industrial, del mercado laboral y del consumo;

se quiebra y se pierde. Lipovetsky no sólo confirma los presupuestos de la Teoría Crítica, que ya mostraban la falsedad de este halo categorial, sino que plantea la caducidad de su credibilidad social en función del desplazamiento valorativo que ha ocurrido hacia el ocio, el tiempo libre, las vacaciones, la reducción de la jornada laboral: elementos que integran su propuesta de prevalencia del interés individual y de un *hedonismo* subyacente. En suma, muestra la contracción en tiempo y valor social del trabajo, la cual se corresponde con la extensión del ocio y su diversificación: postura desde la cual no sólo se deslinda, sino que se extrapola, respecto de Giddens y Beck. De aquí, la pertinencia de su reflexión sobre el hedonismo multifacético contemporáneo, del consumo y de las modas.

No obstante, cabe destacar la presentación del hedonismo, por parte de Lipovetsky, como un fragmento del transcurso histórico, carente de novedad, y antes bien, reiterativo, aunque no lleva este planteamiento hasta sus últimas consecuencias. Ya que, desde esta perspectiva, sería pertinente vislumbrar la emergencia de la valoración del ocio en los períodos fronterizos entre el derrumbe de una comprensión del mundo y la emergencia de la siguiente, es decir, en momentos de decadencia. Decadencia helena, romana, aristocrática, y ahora, moderna (por nombrar sólo algunas occidentales). Decadencia que ha significado sobrevalorar la forma de vida de un sector social, el de los privilegiados y sin trabajo; cuando la mayoría de la población mundial se encontraba abrumada por el trabajo mal pagado y viviendo en la miseria; ahora mismo, ellos considerarían el ingreso al mercado laboral adecuadamente remunerado, como un lujo en la vida. Así, la sobrevaloración persistente del ocio ha significado la decadencia del orden social correspondiente, al mismo tiempo que, la falsa generalización reflexiva de la comprensión del mundo de los privilegiados, hacia todos los sectores sociales: falsedad ante la cual se han erigido, en su momento, los discursos de crítica, de rebelión y de reconstrucción del orden social precedente, elaborados justamente por los excluidos del bienestar.

Lipovetsky alcanza a considerar, acorde con la cita precedente, que una consecuencia relevante es que la solidaridad deja de construirse desde el trabajo, para articularse ahora por la *posmoralidad*: esto es, la búsqueda de la felicidad y la libertad desde un individualismo que se orienta por la eficiencia indefinida, "... la pasión... por la excelencia, del placer de vencer y salir adelante por uno mismo." (Lipovetsky, 2002; 179). Así, los *winners* parecen eclipsar a los grandes ideales colectivos. La explicación es sencilla para él, cuando el trabajo se aparta del deber hacia uno mismo; se desprende, también, la obligación moral respecto de la colectividad: el trabajo negro y el fraude fiscal, lo proporcionan ejemplos *ad hoc* (Lipovetsky, 2002; 180).

No obstante este señalamiento sobre la presencia de la tan criticada *doble moral* del empresario: bondadoso ante su familia y amigos, y, explotador implacable de sus empleados (llámense éstos como cualquiera de los sectores polarizados: ciudadanos helenos y esclavos, patricios y bárbaros, aristócratas y siervos, o como se acostumbre); Lipovetsky encuentra el intersticio argumental para devolvernos a la comprensión del futuro cosmos capitalista mediante la ilusión empresarial a la que sostiene y denomina: *nueva filosofía de la empresa* (Lipovetsky, 2002; 177), cuyo perfecto complemento lo constituye el hecho de que "...el trabajo se ha liberado de cualquier significado de deuda o de solidaridad hacia la sociedad: en adelante se trabaja para sí." (Lipovetsky, 2002; 180-181)

En suma, si el *progreso* se desarticula del trabajo y del proyecto *solidario* de construcción del futuro, como ya antes lo había mencionado, es porque ha rebasado las zonas de disciplina y de obediencia que se exigía a los trabajadores, para anclarse ahora, en el *poder del desorden creativo de los hombres*. *Ad hoc* con dicho desorden, la empresa renueva su ideología *soft*: y deja de concebir al trabajador-objeto, para señalarlo como asalariado-sujeto. En este punto, la crítica de Lipovetsky resurge para adjetivar de miserable a esta pretensión que no rebasa el discurso, pues le parece que se requiere de su acompañamiento por las "... reestructuraciones adecuadas de la "infraestructura", [donde] ... un nuevo "pacto

social” permite la implicación de los asalariados en los procesos concretos de decisión.” (Lipovetsky, 2002; 178). Así, encuentra en las contradicciones del discurso empresarial, una expresión de incompreensión de sus propias relaciones laborales que van rumbo al *individualismo posmoralista* (alude a contradicciones tales como: celebrar la autonomía individual y la fusión comunitaria, estimular la competencia y el trabajo en equipo). Sostiene que las iniciativas empresariales fomentan:

“... *turn over* de los cuadros, disolución del sentimiento de pertenencia colectiva a la empresa, retroceso del sindicalismo, aumento de las reivindicaciones categoriales y del socialcorporativismo, huelgas en los servicios públicos que transforman al usuario en rehén, inexorablemente la lógica individualista transforma la relación con el trabajo y la empresa acentuando el sentido de los derechos y de los intereses subjetivos.” (Lipovetsky, 2002; 181)

Desde este horizonte, es que propone comprender a la empresa arrancando un proceso de inclusión de las demandas ciudadanas en su discurso *soft*, para modelar por ellas tanto la seducción mercantil, como la propia dinámica de productividad: los vínculos con el personal, los incentivos y las actividades extra laborales que promueven la toma de decisiones en situaciones de presión y riesgo individuales, entre muchas otras. Le parece ilusoria la pretensión empresarial de ocupar el antiguo lugar de poder de la Iglesia o la política (Lipovetsky, 2002; 186); no obstante, avanza una oportunidad en la construcción de un *nuevo pacto social* que redefina a la infraestructura. Así, su crítica se desmorona cuando refrenda los supuestos más elementales de la construcción de la modernidad ilustrada, a saber: el gran pacto social entre los individuos, el poder político y, la sobreentendida y no explícita, división del trabajo.

Esta incapacidad de Lipovetsky por llevar la argumentación hasta sus últimos escenarios, recuerda la clásica referencia de Marx cuando sostenía que Ricardo no podía comprender la *plusvalía*. Ahora, Lipovetsky no sólo es incapaz de comprender la situación de los trabajadores y de los miserables que habitan fuera del primer mundo, sino que no alcanza a rebasar el círculo vicioso, promovido por

el eurocentrismo civilizatorio, que se ubica en el esbozo de sus escenarios futuros como responsabilidad, reflexión y acción de los privilegiados; así es como regresando sobre sus pasos críticos, alcanza las posturas de Giddens y Beck, para reeditar una postura de parcialidad analítica mediante la cual otorga a la empresa y a su discurso de renovación *soft*, la iniciativa y el liderazgo de transformación del trabajo. Así, renuncia, implícitamente, a la prioridad explicativa del eje individuo-trabajo, puesto que lo subordina a las dinámicas de renovación empresarial.

Desde esta perspectiva de interpretación, arriba al reconocimiento de un dilema empresarial sobre los cauces de su conquista del orden social, dilema en el cual se reencuentra con la dirección empresa-trabajo-individuo, aunque, esta vez, desde la perspectiva pro empresarial:

“Hay dos tendencias del individualismo contemporáneo como hay dos modelos antagónicos del capitalismo: por un lado un individualismo *responsable* y organizador, por el otro un individualismo autosuficiente, sin reglas, desorganizador: dicho de manera brutal, *irresponsable*. No soñemos, no habrá salida final en el combate que libran esas dos lógicas del individuo, van a continuar, por caminos diferentes, cohabitando y chocando ya que se trata de una cultura que reduce los deberes y consagra los derechos, expresiones e intereses de las subjetividades. ... El neoindividualismo no es una maldición, es un *desafío* al que deben responder tanto la acción pública como las empresas. ... Cuanto más débil es el nivel de calificación, más importante es el absentismo; cuanto más responsabilidad tiene un asalariado, menos falta; los cuadros no son “menos” individualistas que los obreros, pero pueden entregarse e identificarse más con su tarea.” (Lipovetsky, 2002; 191-192)

Lipovetsky recupera la propuesta de Michel Albert sobre la oposición de dos modelos de capitalismo, el norteamericano y el renano (Albert, 1991 citado en Lipovetsky, 2002; 191), a los cuales vincula esta acepción de la comprensión del individuo y del trabajo: desde la polarización, bien sea del individualismo responsable o del irresponsable, o, del compromiso de asistencia o del absentismo laboral. Desde aquí concluye la necesidad del rescate de la responsabilidad:

“Hacer retroceder los comportamientos irresponsables, hacer progresar el individualismo responsable, así podría definirse la más alta tarea de gestión posmoderna que reconcilie de esa manera ética y eficacia. ... [Aunque] La ética del *bussines* por sí sola, no podrá sustituir, durante mucho tiempo, el papel irremplazable de la acción pública.” (Lipovetsky, 2002; 192, 194)

Rescate de la responsabilidad y de la ética que posee claros ecos comteanos: desde la exhortación discursiva, hasta la ilusión en la persistencia de la socialidad individual y empresarial como precursoras del progreso. Ahora bien, su reedición del progreso requiere del sustento argumental ético, por ello refiere a la *modética* que lleva la *moral de los negocios* al éxito, pues “... metatarseando los ideales en medios competitivos y vectores de afirmación de identidad.” (Lipovetsky, 2002; 253), la empresa recupera los valores comunes que se popularizan en los discursos críticos y en las organizaciones con responsabilidad social, para reconstruirse desde ahí, ya que: “... el objetivo es volver a legitimar el mundo de los negocios, modificar la imagen de la libre empresa en el momento de la flexibilidad de las leyes *antitrusts*, de los *junk bonds*, de la descomposición de las instituciones y mercados financieros.” (Lipovetsky, 2002; 256) Así explica el doble efecto positivo empresarial: el de ampliar su mercado mediante la seducción de los consumidores con responsabilidad, tanto como el de enfrentar a la *economía casino* remodelando su presentación, aunque sólo sea discursivamente.

Dicha remodelación alcanza a la publicidad, que, inclusive, se *minimiza* para acreditar un comportamiento altruista, y al mismo tiempo, buscar patrocinios culturales, humanitarios y ecologistas. “Menos ostentación para más fuerza de impacto, la lógica de la seducción no se eclipsa, sólo se ha aligerado de la obsesión del *look* y del oropel publicitario. ... [y] se agrega ahora la seducción del *understatement* cultural y ético.” (Lipovetsky, 2002; 265). En este horizonte el éxito publicitario se sostiene sobre el “...*abordaje e inspección* de la esfera de la virtud.” (Lipovetsky, 2002; 74). Lipovetsky concluye, categóricamente, que: “La ética de los negocios constituye, a mi modo de ver, una moda al mismo tiempo

que una marcada tendencia de la posmodernidad. ... No hay nada peor que la contradicción entre los ideales proclamados y una realidad en desfase.” (Lipovetsky, 2000; 74, 73)

En suma, Lipovetsky evidencia la presencia de esta moda valorativa y la concibe como una fase de exhibición empresarial que se corresponde con la construcción social *polifoba*: donde para cada uno de los multiplicados miedos sociales, se erige, empresarialmente, un *producto de sentido* (Lipovetsky, 2000; 78), desde la alusión a “...el respeto de los principios más elevados del humanismo moral.” (Lipovetsky, 2000; 96).

Estas afirmaciones de Lipovetsky plantean una contradicción con la polaridad capitalista, individual y del trabajo, que sostenía un momento antes, y desde cuya recuperación, afirma:

“Es verdad que, en teoría, la libre empresa convertida a la ética podría poner freno al egoísmo individualista desatado, ... Pero, en la práctica hay otro escenario más probable: las empresas no van a precipitarse milagrosamente por la vía ética, muchas de ellas más bien “naturalmente” van a aprovecharse de las medidas intempestivas de desreglamentación para satisfacer su deseo de rentabilidad inmediata y máxima. ... la jungla de los intereses y la dualización social serán las que dibujarán mañana el rostro de las democracias. El reino de la especulación a ultranza y, por contagio, el del individualismo irresponsable, sin reglas, es el que tendencialmente ganará a sectores cada vez más amplios de nuestra sociedades.” (Lipovetsky, 2002; 194)

Así, finalmente, después de tantos tropiezos argumentales, Lipovetsky alcanza la conclusión más lógica ante el embate de los dos capitalismo: la generalización de la desregulación económica para el futuro, así como de las figuras del individuo y del trabajo que le son *ad hoc*, las egoístas e irresponsables. En otras palabras, volver al pasado ya parece imposible, rediseñar el futuro constituye la única opción.

La pérdida de la ética precedente arrastra al eje empresa-individuo-trabajo al torbellino de la *posmoralidad*. Dicha *posmoralidad* se sustenta sobre el individuo que se toma a sí mismo como un fin, a la manera en que la empresa pregonaba la calidad total en la producción, ahora el individuo se comprende desde la calidad de vida total, "... cuidadoso de no sacrificar nada, de afirmar su identidad integral, de expresarse en todo, cultura, cuerpo, sexo, familia y hoy en el trabajo." (Lipovetsky, 2002; 183). Desde esta caracterización, el ocio de Lipovetsky comienza a adquirir un matiz de *interés por uno mismo*, más cercano a la propuesta griega del autocuidado, y más distante del mero no hacer, no preocuparse y no participar que decía sustentar a la *era del vacío* (Lipovetsky, 2000).

El ocio parece destacarse por una imprecisión que le vincula con la acción que se encuentra más allá de la normatividad, de la responsabilidad y de la solidaridad en uso y costumbre; en suma, parece más lo Otro de la actuación conocida. Inclusive, en atención a esta acepción, Lipovetsky reitera la dualidad individualista responsable-irresponsable como su definición más lograda, al afirmar que: "Lo que define al *neoindividualismo posmoralista* es la coexistencia entre trabajo y descanso, logro profesional y logro íntimo. Según los momentos, las prioridades pueden desplazarse, pero la dualidad de nuestros ideales es permanente." (Lipovetsky, 2002; 187)

Pareciera que Lipovetsky delinea desde este horizonte, una individualidad que al haber sido olvidada por la solidaridad y los ideales sociales, ha decidido preocuparse prioritariamente de sí misma. De aquí, el *compromiso nómada* y la cualificación incierta de la dosis responsabilidad-irresponsabilidad: puesto que la *simbiosis funcional* del individuo con la empresa mediante el trabajo ha quedado atrás, resulta que el trabajo ya no tipifica al individuo, sino que, por el contrario, el individuo diseña sus relaciones laborales (Lipovetsky, 2002; 187). Por ende, sostiene que: el individuo se integra a equipos de trabajo con toda seriedad, pero no a las firmas específicas; a su vez, la empresa muta su *estructura piramidal*, por

la de *redes*. Redes que carecen de relaciones jerárquicas y autoritarias desde las cuales se evalúen las tareas encomendadas para premiar con la renovación de los contratos laborales (Lipovetsky, 2002; 188): el derecho al trabajo remunerado estable queda desplazado por el derecho al concurso permanente para cada contratación temporal de trabajo. En suma, el libre y maravilloso individuo de Lipovetsky que *diseña sus relaciones laborales*, queda eclipsado, un momento discursivo después, ante los hechos omitidos pero presentes en sus últimas afirmaciones, respecto de: la saturación del mercado laboral, su contracción permanente y la proliferación de contrataciones por tarea específica. Escenario en el cual los individuos apenas si sobreviven laboralmente: por ende, el discurso de Lipovetsky se muestra como uno más de los enmascaramientos del conformismo neosecular que reformulan la comprensión del mundo.

Dado que, esta situación del mercado laboral real no es reconocida por Lipovetsky, argumenta la presencia de una *revolución copernicana* empresarial que ha dejado atrás los mecanismos de control y disciplina laborales del taylorismo, ya que ha crecido al “... desarrollar las capacidades de proposición, de autonomía y de creatividad de los asalariados en el seno de grupos de progreso, de equipos autónomos y otros círculos de calidad.” (Lipovetsky, 2002; 271). No obstante esta apología de la renovación empresarial, Lipovetsky alcanza un nuevo matiz crítico al apuntar, como una paradoja, a la *ambigüedad ética* de sus proyectos (Lipovetsky, 2002; 274). Reconocimiento que le permite avanzar la conclusión, inmediata, sobre *la trampa de la razón empresarial*, a la cual caracteriza como “... intensificación de la guerra económica... que lleva a la preocupación ética en el mundo de los negocios, es la hipercompetencia materialista la que pregona el ideal de responsabilidad individual.” (Lipovetsky, 2002; 274). Por ello, debe reiterar su propuesta argumental precedente de la polarización de los intereses empresariales, que desde su paradójica coexistencia, refuerzan su propuesta sobre la reconstrucción de la *comprensión cultural del trabajo*, así señala que:

“El primer momento de la era del consumo se instituyó a través de las oposiciones binarias ocio/trabajo, bienestar/disciplina, vida privada/vida profesional, divisiones distintivas culturalmente jerarquizadas en privilegio de los términos: la *verdadera vida* se asimilaba a los placeres, las vacaciones, el tiempo libre. ... [Ahora se trata de] disolver las aristas cortantes de las divisiones *alienantes* haciendo del ocio un tiempo de enriquecimiento activo y total, y del trabajo, una aventura personal, una pasión, un espacio de autonomía y de expresión de sí mismo. La época moderna era dicotómica, la era posmoderna está habitada por una voluntad de reconciliación, de descompartimentación uniforme e inmediata fuera de toda perspectiva escatológica.” (Lipovetsky, 2002; 275-276)

De ahí que, al mostrar la ampliación de la comprensión valorativa de la dicotomía trabajo/ocio, se vea obligado argumentalmente, a reconocer la incidencia de ésta sobre las vivencias, la comprensión de la vida y la propia forma autogestiva de la individualidad, ahora cualificada como *posmoral*. Asimismo, considera que se ha rebasado la comprensión alienante del trabajo, mediante la aventura del descubrimiento de *uno mismo* que incluye a la actividad laboral: afirmaciones con las cuales reitera su propia visión de la realidad que omite la lucha por la sobrevivencia laboral, es decir, tanto por ingresar a él, como por mantenerse y ascender en el escalafón. Finalmente, su alusión a la comprensión social precedente como dicotómica, olvida que dicha dicotomía solo persistía en los análisis críticos al referirse a las diversas modalidades históricas de la opresión (Marx y Marcuse se encuentran en esta línea); ya que la perspectiva del *stablishment*, por el contrario, refería la integración social a partir de la división del trabajo, la solidaridad y la construcción de las instituciones como elementos de expresión de la colectividad, y por ende, de integración y formación del individuo (Comte y Durkheim, constituyen un par de buenos ejemplos). Lo curioso de la postura de Lipovetsky sobre el trabajo, es que mantiene un tono crítico en sus afirmaciones referentes al pasado, y al llegar a su presente, se une al coro que clama por la nueva individualidad, en este caso, reconstruida justamente desde el trabajo.

Ahora bien, antes de dejar atrás la reflexión sobre el trabajo, resulta imprescindible aludir a la comprensión de Lipovetsky sobre el trabajo femenino remunerado. En

franca contraposición con la sutil argumentación precedente del trabajo masculino, señala que, la concesión del voto, el ingreso a la escolaridad superior universitaria, y por supuesto, la revolución sexual, resultaron ser los elementos propiciadores de la *tercera mujer*, la *indeterminada* (Lipovetsky, 2000b; 209): esto implica una crasa omisión de la lucha de las mujeres, así como del propio feminismo, como fenómenos sociales reivindicativos en una lucha social y cultural que tuvo por resultado los tres fenómenos mencionados, e inclusive, la lucha contemporánea por su reconocimiento en todas las localidades, así como la de la equidad de género.

Desde este horizonte errado de interpretación, sostiene que las dinámicas sociales fueron las que posibilitaron la manifestación laboral femenina como una modalidad de construcción individual, que, al lado de la autonomía conyugal, la construcción de un futuro familiar, el apoyo "...al aborto, a la anticoncepción, a la libertad sexual, al retroceso del matrimonio y de las familias numerosas, a las demandas de divorcio por iniciativa de las mujeres... traduce la nueva exigencia de afirmar una identidad como sujeto." (Lipovetsky, 2000b; 205). Si bien es cierto que este ható de notas distintivas de la mujer, coexisten en la frontera del siglo XX y el XXI, para expresar la individualidad de la *mujer indeterminada*; también es cierto que cada una de ellas fue alcanzada como resultado de un proceso y de su atención consecutivas, disparejas y libradas al interior de cada grupo y de cada familia, al grado de que no se puede hablar de su presencia generalizada todavía. Así, al referirse a su coexistencia, Lipovetsky rescata el precedente social y cultural, pero pierde el dato de su construcción desde la crítica al patriarcado, que precede y acompaña, a la modernidad (Amorós, 1985).

Al tratar de analizar la presencia femenina en el mercado laboral, Lipovetsky apunta una coincidencia afortunada entre ésta y el auge del sector terciario, propio de la segunda mitad del siglo XX (Lipovetsky, 2000b; 210); lo cual, en los hechos, constituye un fenómeno necesario y no casual, puesto que la oferta laboral femenina con múltiples especialidades es la que se inserta en la oportunidad de

contratación, en las actividades del sector terciario y más allá de él. No obstante, Lipovetsky insiste en que:

“No es en el momento en que el valor trabajo se erosiona cuando el trabajo femenino se vuelve legítimo, sino cuando el liberalismo cultural fundamentado en la dinámica del consumo y de la comunicación de masas autonomiza al sexo respecto de la moral, generaliza el principio de libre posesión de sí y desvaloriza el esquema tradicional de subordinación de la mujer al hombre.” (Lipovetsky, 2000b; 212)

Esto supone una mirada analítica a la transformación cultural como elemento detonador de la comprensión femenina sobre su capacidad laboral: consideración desde la cual, reitera su omisión del debate previo entre las modalidades de comprensión y de valoración de los derechos femeninos a la herencia, el voto, el trabajo, la educación, que signifiquen igualdad tanto en las condiciones laborales como en la remuneración; asimismo, omite la última discusión en ciernes, la referida a la construcción de la equidad de género desde las oportunidades culturales y económicas (Fraser en Leyva, 2003; 230-231). Dicha miopía le lleva a concluir que no se “...prepara un universo unisex; en los tiempos posmodernos, la reproducción social de la diferencia entre los sexos sigue siendo un proceso consustancial.” (Lipovetsky, 2000b; 227). Esta conclusión nos reenvía a evidenciar la presencia del debate discursivo entre las posturas de equiparación entre los géneros promovidas por las feministas y las mujeres y hombres convencidos de ello; y por otro lado, aquéllos que sostienen su estancamiento o retroceso a la modalidad patriarcal.

A continuación, Lipovetsky alude al efecto que el trabajo femenino ha tenido sobre la comprensión de la pareja, sostiene que existe otro modelo de *pareja* conyugal *igualitaria-participativa*, que se ha construido como resultado de la inclusión femenina en el ingreso familiar; alejándolos de la tradición y permitiendo una dinámica de discusión y negociación (Lipovetsky, 2000b; 229). No obstante lo cual, no se ha conseguido disociar a las mujeres de la mayor responsabilidad doméstica, y esto, porque le parece que la tradición no se ha fracturado lo

suficiente, pues aunque ambos trabajen, la profesión masculina recibe el mayor reconocimiento y apoyo familiar (Lipovetsky, 2000b; 232, 236); así, lejos de la "... conmutabilidad de los lugares, [hay] ... una eufemización de la división de los roles sexuales." (Lipovetsky, 2000b; 233). De esta manera, Lipovetsky apuesta una vez más, por la construcción discursiva de una *resistencia cultural* (Lipovetsky, 2000b; 237), antes que por la referencia a la tendencia social de transformación de los roles de género como un proceso irregular y discontinuo en los hechos.

Ahora bien, este mismo itinerario argumental llevado al horizonte de la equidad de géneros en las empresas, le permite un interesante análisis del fenómeno del *glass ceiling*, a saber:

"... las organizaciones buscan la homogeneidad de sus miembros; contratan a aquellos que se les asemejan en cuanto a género, mentalidad, comportamiento, aspecto físico; ... y excluyen a todo aquel que parece "diferente". ... [A su vez] Por temor a convertirse en el punto de mira de todos, de ver cómo socavan su identidad femenina, numerosas mujeres evitan las situaciones conflictivas y los riesgos, y adoptan un perfil bajo, desdibujado, conforme con el tradicional estereotipo femenino. Lo cual tiene como consecuencia que se les pase por alto, que den una mediocre imagen de competencia y pasen inadvertidas... lo que las penaliza no es el "miedo al éxito", sino el "miedo a la visibilidad". " (Lipovetsky, 2000b; 248-249)

Por supuesto que el dato omitido en esta ocasión, procede otra vez, de la realidad: las mujeres no se pueden embarcar en compromisos empresariales que impliquen un horario indefinido y mayor al reglamentario de 8 horas, debido al carácter ineludible e innegociable de sus responsabilidades familiares con sus cónyuges. Se sabe que, en sociedades tercermundistas el problema se resuelve mediante la convivencia con la familia extensa; para las primermundistas, no hay salida pues el compromiso presencial sólo es delegable mediante la contratación de otras mujeres (niñeras y empleadas domésticas), y esto, no es siempre posible en términos de economía familiar. De ahí, que Lipovetsky confirme que las mujeres no eligen preferentemente el ascenso escalafonario; no obstante, nadie se exprese mal del trabajo que realizan.

En dicho contexto, la *discriminación positiva* le parece insuficiente para conseguir mayor equidad laboral, y apuesta en cambio, por la construcción de *un nuevo mito empresarial* que se engarza con la presencia laboral femenina: la necesidad de abolir la jerarquización y de organizar una dinámica democrática *ad hoc* con las cualidades tradicionales femeninas (sensibilidad, intuición, preocupación por el prójimo, inclusión), y, con las propuestas democráticas feministas; de tal manera que los mitos sexuales, le parece que resultan reciclados (Lipovetsky, 2000b; 253, 255).

Independientemente de una perspectiva patriarcal embozada, Lipovetsky muestra su incompreensión del problema del ascenso y sostenimiento de la mujer en el mercado laboral, a saber, la apropiación empresarial del mito de la liberación femenina que al cobijarlas, redujo sistemáticamente el salario de los individuos, hasta conseguir dos jornadas de trabajo (una masculina y otra femenina), a cambio de un ingreso mínimo de sustento familiar. Asimismo, su omisión de las conquistas sociales femeninas, le impide comprender la lucha precedente en cada lugar de trabajo para acceder a los puestos de mando; tanto como, las luchas culturales permanentes en todos los ámbitos, para obtener respeto y equidad frente a las bromas sexuales y la descalificación femenina.

Se aprecia al final de este itinerario, la reiteración de Lipovetsky, tanto de sus aciertos como de sus problemas de comprensión, que se arrastran desde su explicación del *eje trabajo-individuo-empresa* hacia la *tercera mujer*. No obstante la innegable aportación que realiza en la referencia de la sociedad finisecular y neosecular, al referirla a partir del horizonte empresarial en crisis y de sus atisbos de recomposición; es indudable que sus conclusiones están regidas por sus rémoras primermundistas, eurocentristas y patriarcales. Rémoras que le impiden mirar, comprender y aludir discursivamente a la cuestión del encuentro de las economías nacionales y locales en el marco de las relaciones multinacionales:

cuestión que se ha considera básica para los fines de esta crítica y para la propuesta analítica previsible.

4.El trabajo *diluye* (sic) al individuo

Como se ha sostenido a lo largo de este Capítulo, las cambiantes condiciones del mercado, tanto de productos como del laboral, generan dinámicas sociales complementarias: respecto de estos dos fenómenos se gesta una diversidad de comprensiones del mundo individual, social, laboral y de sus mutuos vínculos.

A partir de esta mirada analítica se ha mostrado que, en las explicaciones de los sociólogos referidos, el trabajo se ha aludido discursivamente, desde múltiples perspectivas que explican, tanto la inclusión como la exclusión, sociales. Esto es, que el trabajo aparece en esos discursos como una actividad *sine qua non* de la construcción colectiva y generacional de los individuos; al mismo tiempo, la vida individual que carece, temporal o permanentemente, de trabajo aparece como marginal y excluida de la acción social. Estos supuestos son los que envían, como conclusión ineludible, a sostener desde la comprensión sociológica decimonónica, que el *trabajo modela* a los individuos; cuando, en realidad, los individuos construyen sus sociedades con relaciones, poderes, creencias culturales y explicaciones científicas, que les son *ad hoc*. Por ello es que los individuos sobreviven colectivamente como pueden (siempre con mayores márgenes de improvisación durante las épocas de transición); y luego, los teóricos sustentan discursos que explican la dinámica económica y social, en la que, a partir del XIX, se incluye al trabajo y se le coloca como eje explicativo.

Ahora bien, en cada época se ha colocado en el centro de la interpretación otras construcciones culturales, especialmente, en las dieciochescas y sus precursoras, se ha aludido: a la Razón, a la Voluntad colectiva y al Contrato Social; en el diecinueve y desde una perspectiva más elaborada, se encuentra el centramiento discursivo complementario: en las clases sociales definidas desde la posesión o

carencia de los medios de producción, o bien, en las dirigencias políticas (partidarias o no), o en cualquier otra comprensión cultural propia de su época.

En el propio desarrollo de la Sociología, la llamada Teoría Crítica, ya había enfocado parcialmente esta cuestión, al actualizar algunos de los presupuestos decimonónicos de Marx; mostraba que la organización social posterior al medioevo feudal, se había construido por el cambio en las relaciones sociales de productividad, y que, sus explicaciones teóricas recuperaban la comprensión cultural de la tríada ciencia-tecnología-sociedad, como eje analítico explicativo de todo suceso. Para los teóricos críticos, esta comprensión social se denominaba *moderna*, para Marx, *modo de producción capitalista*.

Dados estos precedentes, resulta notable que sus herederos, sociólogos neoseculares, al reflexionar sobre las notas propias de su época, mencionen sólo tangencialmente al trabajo: Giddens lo refiere como un fragmento más de los propiciados por la transformación del individuo; Beck inicia su análisis en las relaciones económicas nacionales y sus trayectorias futuras de *glocalización*, donde el trabajo es un dato más a considerar; Lipovetsky es el único que centra en esta actividad su análisis desde el principio, aunque su producción teórica más relevante, en términos analíticos y cuantitativos, aborda otra cuestión, la del consumo y la moda.

Así, el trabajo se desplaza del eje analítico sociológico predominante durante el siglo XX, para concebirse como una actividad más de las múltiples realizables por los individuos en la sociedad. Nos parece que este descentramiento social del trabajo muestra que su comprensión epocal ha sido alterada como resultado de la crisis económica mundial y de las consecutivas olas de contracción del mercado laboral. Por ende, el individuo que antes construía su vida entorno del trabajo y de sus expectativas de confort y prestigio; ahora la concibe desde la multiplicidad de actividades cotidianas y de sus propias expectativas vivenciales. Esta es la idea que se presenta en la explicación de Paoli respecto de la carencia de motivación

laboral neosecular, ante un panorama pletórico de frustraciones en la integración colectiva que se desborda hasta alcanzar al social, al empoderamiento y a las construcciones culturales (Paoli, 2008; 90).

En suma, lo que ha cambiado es la propia construcción individual de prioridades y de criterios explicativos que impactan, a su vez, a los discursos sociológicos para posibilitar la readecuación de una ola más de *revolución copernicana*, en la cual el individuo se reconoce como el constructor del sentido discursivo y vivencial de su entorno social. Reconocimiento que nos lleva a vislumbrar que los sociólogos han roto su tradicional círculo vicioso argumental individuo-sociedad, donde cada uno de los polos se comprende y expresa por el otro: esto es, que la sociedad construye al individuo y el individuo, en su conjunto, construye a la sociedad. Dicha ruptura les ha de llevar a concebir una total e ineludible versatilidad en la construcción teórica, por la cual, antes que expresarse un relativismo disciplinar, se cuestionará todo rigorismo racional que se muestre atado a una categoría medular; pues, en adelante, la flexibilidad analítica tendrá que expresar la movilidad y la inclusión de los escenarios sociales tanto reales como probables.

En este contexto, el trabajo disminuirá su valor social, para mostrarse como una moneda de dos caras: el *trabajo* y el *distrabajo*. O bien, dejará de referirse como trabajo formal e informal, legal e ilegal, social o criminal; para aludirse como una actividad más que no define al individuo: el trabajo criminal no convertirá al individuo en criminal para toda su vida, sino en alguien que vale, o no, por su vida. Vale la pena recordar que esto ha ocurrido así a lo largo del capitalismo: cuando se considera al trabajo empresarial, los individuos valen por su vida privada y por la oferta de empleo, no por su robo de plusvalía (evidenciado por Marx), ni los comerciantes por sus actividades especulativas, ni los asalariados por aprovechar oportunidades de robo a la empresa, ni los políticos por apropiarse de recursos del erario público, ni los banqueros por especular con el capital financiero. Justamente esta disminución o extinción de la apreciación contemporánea de las

bondades y promesas del trabajo, pareciera ser la causa analítica que lleva a su eliminación sociológica protagónica.

El paulatino deterioro de su valor se corresponde con la generalización de una crítica subterránea que se evidencia culturalmente y que es propia, por lo menos, del siglo XX: crítica que sostiene el incumplimiento de su promesa de concesión de prestigio y confort. La extinción de su valor, a su vez, promueve una comprensión de lo social a partir de criterios hedonistas, afectivos: es decir, no objetivos, sino subjetivos. Esta *revaloración de la subjetividad* es la que se encuentra sustentando la obsesión analítica sociológica por el individuo. Asimismo, perfila una *deconstrucción* del obrar, y un proyecto de *construcción* emergente de la sensibilidad en las relaciones sociales. Sensibilidad y hedonismo que se encuentran ya, en el centro de la atención comercializadora, de la seducción del individuo para un permanente consumo descartable (Bauman, 2004; 226-245).

En suma, la ampliación de modalidades en el ejercicio del trabajo (en el que ahora se incluyen las modalidades ilegales y criminales) impacta sobre la auto comprensión del individuo, y de sus relaciones con el entorno social, al grado de permitirle una mayor versatilidad laboral, social y de interpretación cultural y teórica que parecieran *diluir* toda posibilidad de definiciones. Así, más allá de las acepciones hedonistas del individuo, se coloca la amorfa relación del trabajo que *diluye* al individuo en sí mismo, para reposicionarlo en el eje explicativo de la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

- Amorós, C. (1985) **Hacia una Crítica de la Razón Patriarcal**, Barcelona, Anthropos, 328 pp.
- Albert, M. (1991) **Capitalisme contre capitalisme**, Seuil, Paris.
- Bauman, Z. (2008) **Tiempos Líquidos**. México, Tusquets, 169 pp.
- (2006) **Modernidad Líquida**. Buenos Aires, F.C.E., 232 pp.
- (2005) **Trabajo, consumismo y nuevos pobres**. Barcelona, Gedisa, 155 pp.
- (2005) **Amor Líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos**. Buenos Aires, FCE., 203 pp.
- (2004) **La Sociedad Sitiada**. Buenos Aires, F.C.E., 299 pp.
- Beck, U. (2005) **La Mirada Cosmopolita o la Guerra es la Paz**. Paidós Ed. Barcelona.
- (2000) **Un Nuevo Mundo Feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización**. Paidós, Barcelona, 270 pp.
- (1998) **¿Qué es la Globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización**. Paidós, Barcelona, 221 pp.
- Beck-Gernsheim Elizabeth. (2003). **La reinención de la familia. En busca de nuevas formas de convivencia**. Barcelona, Paidós, 276pp.
- Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2006) **Europa Cosmopolita. Sociedad y política en la segunda modernidad**. Paidós, Barcelona, 388 pp.
- (2003) **La Individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas**. Paidós, Barcelona, 367pp.
- Bourdieu, P. (2000) **La dominación masculina**, Anagrama, Barcelona, 159 pp.
- Comte, A. (2002) **Curso de Filosofía Positiva. Discurso sobre el Espíritu Positivo** Folios Ed., Barcelona, 191 pp.
- (1977) **Primeros Ensayos**, F.C.E., México, 303 pp.

- Derrida, J. (2002) **Universidad sin condición**. Trotta. Madrid. 77 pp.
- (1989) **La Desconstrucción en las fronteras de la filosofía. La retirada de la metáfora**. Barcelona, Ed. Paidós/ICE-UAB, 122 pp.
- Durkheim, E. (1999) **La división del Trabajo Social**. México, Colofón, 440 pp.
- (1998) **Las Reglas del Método Sociológico**. México, Colofón, 153 pp.
- Elias, N. (1999) **Sociología Fundamental**. Ed. Gedisa, Barcelona.
- (1997) **Sobre el Tiempo**. F.C.E., México, 217 pp.
- (1994) **Teoría del Símbolo. Un ensayo de antropología cultural**. Península, Barcelona, 217 pp.
- (1994) **Conocimiento y Poder**. Ediciones La Piqueta, Madrid, 231 pp.
- (1990) **La Sociedad de los Individuos**. Península, Barcelona, 216 pp.
- (1990) **Compromiso y Distanciamiento**. Península, Barcelona, 222 pp.
- (1989) **El Proceso de la Civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas**. F.C.E., México, 581 pp.
- Ferry, Luc. (1991) **Filosofía Política, vol II, El Sistema de las Filosofías de la Historia**. México, F.C.E, 192 pp.
- Foucault, M. (2002) **El Orden del Discurso**. Tusquets Editores, Barcelona, 76 pp.
- (1998) **Historia de la Sexualidad. 2. El Uso de los Placeres**. México, Siglo XXI, 238 pp.
- (1992) **Micofísica del Poder**. Ediciones La Piqueta, Madrid, 200 pp.
- (1987) **Historia de la Sexualidad. 3. La Inquietud de Sí**. México, Siglo XXI, 232 pp.
- (1985) **Historia de la Sexualidad. 1. La Voluntad de Saber**. México, Siglo XXI, 194 pp.
- (1981^a) **Las Palabras y las Cosas**. México, Siglo XXI, 362 pp.
- (1979) **La Arqueología del Saber**. Siglo XXI, México, 355 pp.
- (1979) **Power, Truth, Strategy. Sydney**. Edited by Meagham Morris and Paul Patton, 184 pp.

- Fraser, N. (2003) "Justicia social en la era de la identidad: Redistribución reconocimiento y participación" en **Política, identidad y narración**, Gustavo Leyva coord. México, UAM-I CONACYT Porrúa, pp. 221-244.
- Gadamer, H.G. (1999) **Verdad y Método**. I. Salamanca, Sígueme, 697 pp.
- (1998) **El Giro Hermenéutico**. Madrid, Cátedra, 238 pp.
- González Ascencio, G. (2006) "La igualdad y la diferencia en el Estado constitucional de derecho. Una reflexión feminista a la luz del pensamiento garantista" en **Revista Alegatos**. México. No. 62. Enero-Marzo, pp. 175-189.
- Giddens, A. (2000) **Modernidad e Identidad del Yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea**. Península, Barcelona, 299 pp.
- (2000) **El Mundo Desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas**. Taurus, España, 117 pp.
- (2000) **La Transformación de la Intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas**. Cátedra, Madrid, 183 pp.
- (2000) **Tercera Vía. La renovación de la socialdemocracia**. Taurus. México, 198 pp.
- (1997) **Las Nuevas Reglas del Método Sociológico**. Amorrortu, Buenos Aires,
- (1997) **Consecuencias de la Modernidad**. Alianza Universidad, Madrid, 166 pp.
- Goldmann, L. (1980) **La Creación Cultural en la Sociedad Moderna**. Barcelona, Fontamara, 170 pp.
- Gramsci, A. (1975) **El Materialismo Histórico y la Filosofía de Benedetto Croce**. México, Juan Pablos Ed., 256 pp.
- (1975) **Los Intelectuales y la Organización de la Cultura**. México, Juan Pablos Ed., 181 pp.
- (1975) **Notas sobre Maquiavelo, sobre Política y sobre el Estado Moderno**. México, Juan Pablos Ed., 334 pp.
- Hegel, G.W.F. (1973) **Fenomenología del Espíritu**. F.C.E., México, 483 pp.
- Horkheimer, M. (1998) **Teoría Crítica** Buenos Aires, Amorrortu, 291 pp.

- Ianni, O. (1999) **Teorías de la Globalización**. México, CIICH-UNAM-Siglo XXI, 184 pp.
- Kuhn, T. S. (1978) **La Estructura de las Revoluciones Científicas**. México, F.C.E., México, 319 pp.
- Lyotard, J.F. (2008) **La Condición Posmoderna**. Cátedra, Madrid, 119 pp.
- (1999) **La Posmodernidad (explicada a los niños)**. Gedisa, Barcelona, 123 pp.
- Lipovetsky, G. (2000) **La Tercera Mujer**. Anagrama, Barcelona, 297 pp.
- (2000b) **La Era del Vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo**. Anagrama, Barcelona, 220 pp.
- (2000c) **El Imperio de lo Efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas**. Anagrama, Barcelona, 324 pp.
- (2003) **Metamorfosis de la Cultura Liberal. Ética, medios de comunicación, empresa**. Anagrama, Barcelona, 128 pp.
- (2002) **El Crepúsculo del Deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos**. Anagrama, Barcelona, 283 pp.
- Lipovetsky, G. y Charles, S. (2006) **Los Tiempos Hipermodernos**. Anagrama, Barcelona, 138 pp.
- Marcuse, H. (2001) **El Hombre Unidimensional**. Ariel, Barcelona, 286 pp.
- Marx, C. (1975) **El Capital. Crítica de la Economía Política. I**. México, Siglo XXI, 769 pp.
- (1975b) **Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844**. México, Grijalbo, 160 pp.
- (1972) **Manifiesto del Partido Comunista**. Moscú, Progreso, 60 pp.
- (1977) "Tesis sobre Feuerbach", en **Ideología Alemana**. Moscú, Ed. de Cultura Popular, 746 pp.
- Marx, C. y Engels F. (1972) **Obras Escogidas. I**. Moscú, Progreso, 662 pp.
- (1977) **La Ideología Alemana**. México, Ed. de Cultura Popular, 746 pp.

- Miliband, R. (1997) **Socialismo para una Época de Escépticos**. México, Siglo XXI-UNAM-CIICH, 232 pp.
- Molina Petit C. (1994) **Dialéctica feminista de la ilustración**. Madrid, Anthropos, 318 pp.
- Offe, C. (1990) **Contradicciones en el Estado de Bienestar**. CONACULTA-Alianza Editorial, México, 309 pp.
- Okin, S. (1996) "Liberalismo político, justicia y género" en Di Steffano Christine, Friedman Marilyn, et. al. **Perspectivas Feministas en Teoría Política**, pp. 127-148.
- Paoli, G. (2008) **Eloge de la Demotivation**. Nouvelles Editions Lignes, Clamecy, 189 pp.
- Pateman, C. (1995) **El contrato sexual**. Barcelona, Anthropos, 319 pp.
- Pizzorno, A. (1975) "Introducción al estudio de la participación política" en Pizzorno et. al., **Participación y Cambio Social en la Problemática Contemporánea**, Ed. Siap-Planteos, Argentina, 173 pp.
- (1989) "Algunas otras clases de otredad: una crítica de las teorías de la elección racional" en Foxley et. al., **Democracia, Desarrollo y el Arte de Traspasar Fronteras**, F.C.E., México, 398 pp.
- et. al. (1975) **Participación y Cambio Social en la Problemática Contemporánea**. Buenos Aires, Ed. Siap-Planteos, 173 pp.
- y Foxley, Luis. (1989) **Democracia, Desarrollo y el Arte de Traspasar Fronteras**. México, Fondo de Cultura Económica, 398 pp.
- Popper, K. (1977) **La Lógica de la Investigación Científica**. Madrid, Tecnos, 502 pp.
- (1974) **Conocimiento Objetivo**. Madrid, Tecnos, 342 pp.
- Ritzer, G. (1997) **Teoría Sociológica Clásica**. McGraw-Hill, México, 522 pp.
- Rousseau, J. J. (1990) **Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres y otros escritos**. Madrid, Tecnos.
- Sánchez Vázquez, A. (1999) **Entre la Realidad y la Utopía. Ensayos sobre política, moral y socialismo**. F.C.E., México.
- Sloterdijk, P. (2007) **En el Mundo Interior del Capital. Para una teoría filosófica de la globalización**. Siruela, Madrid, 332 pp.

Touraine, A. (2000) **Crítica de la Modernidad**. F.C.E., México, 391 pp.

----- . (2000) **¿Qué es la Democracia?** F.C.E., México.

----- . (1997) **¿Podremos vivir juntos?** F.C.E., Buenos Aires.

Villoro, L. (2000) **El Fin de la Utopías**. F.C.E., México.

Wallerstein, I. (2005) **Las Incertidumbres del Saber**. Gedisa, Barcelona, 180 pp.

----- . (1998) **Después del Liberalismo**, CIICH-UNAM-Siglo XXI, México, 268 pp.